

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

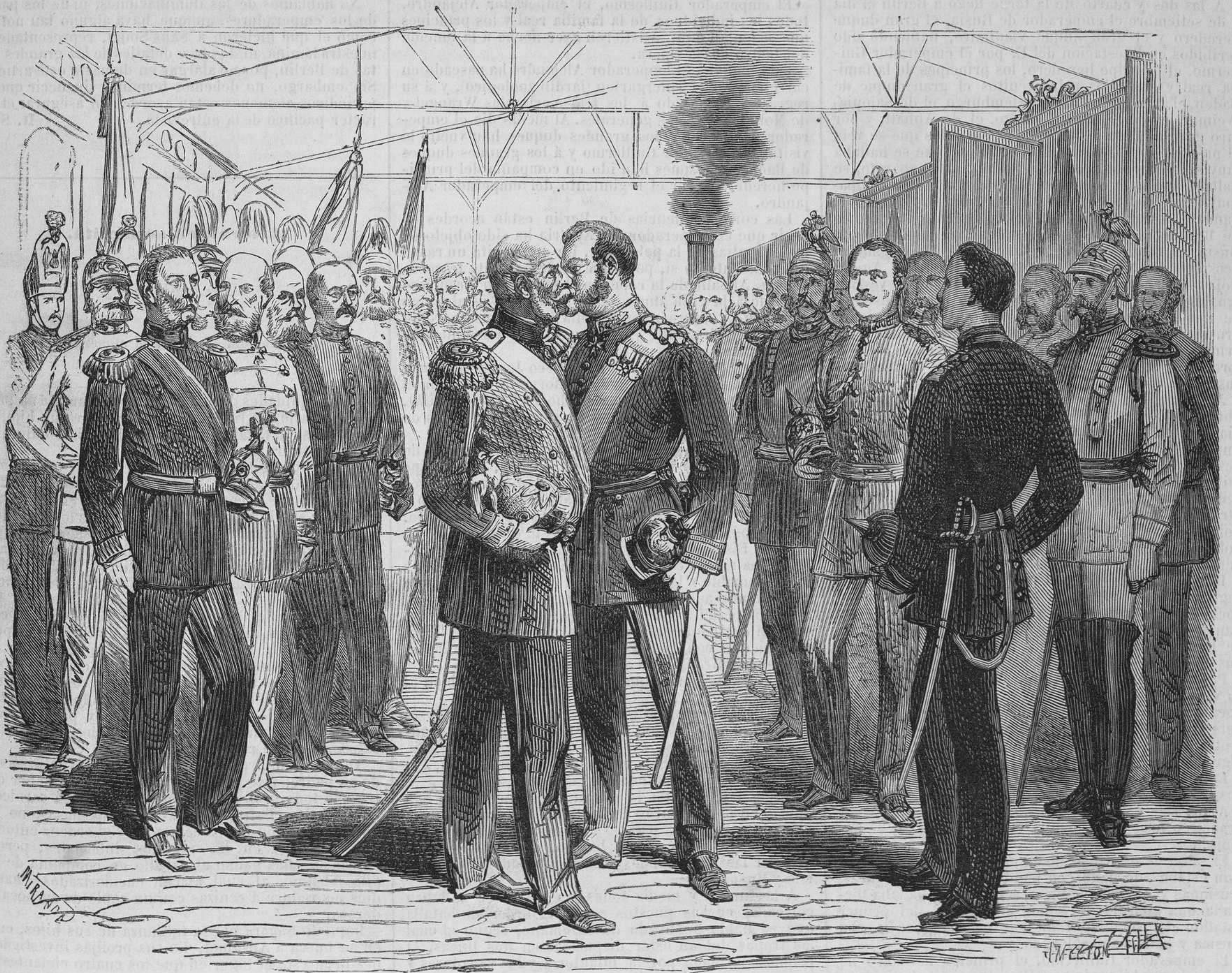


1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — Nº 1,029.



ENTREVISTA DE LOS TRES EMPERADORES. — Llegada del emperador de Rusia á Berlin..



## SUMARIO.

Las fiestas imperiales en Berlin: grabados. — Literatura sanscrita. — El príncipe Milan de Serbia: grabado. — La fortaleza de Ehrenbreitstein, enfrente de Coblenza: grabado. — Revista de Paris. — Romances americanos. — Los campamentos de gitanos en Paris: grabados. — Emilia y Clara, novela original. — El comercio del oro y la plata: grabados. — Las fiestas de las cercanías de Paris: grabado. — ¿Qué hará de ello? — Problemas de ajedrez: grabado. — Guillermo Matta: grabado.

## Las fiestas imperiales en Berlin.

Las fiestas militares que el nuevo emperador de Alemania acaba de dar á sus huéspedes el emperador de Austria y el czar, han ocupado estos días la atención de la Europa. Haciendo abstracción del motivo político que haya podido tener semejante reunión de emperadores, para no ocuparnos mas en este periódico ilustrado que de las fiestas propiamente dichas, principiaremos por apuntar que, según los datos de nuestros corresponsales y dibujantes, las fiestas de Berlin tenían todo el carácter de verdaderas ceremonias de la edad media. La fuerza en su poderío mas completo, la majestad imperial y real en todo el brillo de su expansión, un pueblo entero precipitándose á la portezuela de un soberano que le podía aplastar, como el ídolo de Jaggernah aplasta á la muchedumbre de los indios, sin que se oiga una queja, tal es el espectáculo que ha dado en Berlin la nación alemana.

Las fiestas de Berlin comenzaron en realidad el 3 de setiembre, tres días después del aniversario de Sedan, que se celebró con entusiasmo. El jueves llegó el czar á Berlin, procedente del fondo de la Crimea, y el día siguiente el emperador Guillermo, su hijo, su parentela y sus ministros, fueron á esperar al emperador de Austria á la estación de Postdam.

Hé aquí cómo se refiere la recepción del czar, objeto del primer grabado de este número:

A las dos y cuarto de la tarde llegó á Berlin el día 3 de setiembre el emperador de Rusia, el gran duque heredero y el gran duque Vladimiro, habiendo sido recibidos en la estación del E. por el emperador Guillermo, el príncipe heredero, los príncipes de la familia real y sus hijos primogénitos el gran duque de Baden, el gran duque de Mecklemburgo, el de Sajonia-Weimar, el de Sajonia Coburgo, el de Anhalt, y por otro gran número de personajes, entre los que se veía al príncipe de Bismark. En la estación, que se hallaba muy simplemente adornada y sin grande aparato, se hallaba apostada como guardia de honor una compañía del 4º regimiento de la Guardia con música y bandera, y una diputación del regimiento de hulanos de Brandeburgo, de que es coronel el emperador de Rusia, el cual vestía el grande uniforme de general prusiano con el gran cordón del orden del Águila Roja de Prusia; los grandes duques rusos vestían igualmente el uniforme de los regimientos prusianos de que son coroneles, y llevaban condecoraciones prusianas. Por su parte, el emperador de Prusia y los príncipes alemanes vestían, por reciprocidad, los uniformes de general y de coroneles de regimientos rusos.

Al bajar del wagon, los dos emperadores se han abrazado con la mayor efusión, y con la misma cordialidad se han abrazado mutuamente los príncipes imperiales. En seguida, los emperadores y los príncipes se han ido al palacio imperial, pero sin gran comitiva de aparato, y el emperador Alejandro ha presentado sus respetos á la emperatriz Augusta y á las otras princesas, las cuales, una y otras han ido, media hora después, á visitar al czar al palacio de la embajada rusa, adonde este ha sido conducido por el emperador Guillermo en persona.

Delante de la embajada rusa se hallaba formado el regimiento del emperador Alejandro, y apeándose del coche los dos emperadores, han montado á caballo y han revistado, así este regimiento, como la guardia de honor, que han desfilado en seguida, delante de Sus Majestades, por secciones.

Por la tarde, el emperador Alejandro ha devuelto su visita á la emperatriz Augusta y á las princesas, y por la noche ha habido comida de familia para las personas de las familias imperiales, reales y ducales, y otra comida de aparato para los mariscales y altos dignatarios.

La recepción del emperador de Austria no fué menos brillante.

A las seis en punto del día 6 llegó el emperador Francisco José en compañía del príncipe real de Sajonia.

El salon de descanso de la nueva estación de Postdam estaba adornado con banderas austro-húngaras, prusianas y alemanas. En el vestibulo se hallaba formada una guardia de honor compuesta del primer batallón del segundo regimiento de la guardia con música y bandera desplegada.

El emperador Guillermo, el príncipe heredero de Prusia con su hijo primogénito y los demás individuos de la familia imperial, todos de uniforme austriaco y

luciendo el gran cordón de las órdenes de San Estéban y del Toison de Oro, estaban aguardando desde antes de las diez en el salon real de recepciones.

Estaban con ellos el gran duque de Mecklemburgo, el gran duque de Baden, los duques de Sajonia-Weimar, de Coburgo, de Anhalt y de Altenburgo, á la par que los demás príncipes alemanes que se hallaban en Berlin, el príncipe de Bismark ostentando la condecoración de la orden de San Estéban y los agregados á la embajada austro-húngara.

El emperador Francisco José, vestido con el uniforme de su regimiento prusiano de la guardia, apeóse del wagon, adelantóse hácia el emperador Guillermo, que por su parte se habia apresurado á salir á su encuentro, y le dió un cordial abrazo.

Después de saludarse mutuamente el emperador de Austria y el príncipe real y demás príncipes, fueron presentados al primero los jefes de la guardia de honor y general Manteuffel.

Los dos emperadores se dirigieron en carretela de cuatro caballos al palacio real, pasando por la puerta de Brandeburgo y siguiendo por la avenida de los Tilos. Tras ellos iban el príncipe imperial, el príncipe real de Sajonia, y otros príncipes y la escolta. Entre las personas del séquito del emperador de Austria, figuraba el conde de Andrassy, presidente del Consejo de ministros, con uniforme húngaro. Las calles del tránsito se hallaban llenas de un gentío extraordinario que saludaba con entusiastas aclamaciones al emperador Guillermo y á sus augustos huéspedes.

Al llegar á palacio el emperador de Austria, fué recibido en la escalera de honor por todos los grandes dignatarios de la corte, y después presentó sus respetos á la emperatriz Augusta y á las princesas imperiales y reales.

Después de esta entrevista, que tuvo el mismo carácter de cordialidad que la de los dos monarcas en la estación, el emperador Francisco José, acompañado del conde Andrassy y del general Manteuffel, se dirigió á la embajada de Rusia para visitar al emperador Alejandro. Esta visita duró un cuarto de hora. Los dos emperadores se dirigieron en seguida á palacio en carretela descubierta por el paseo de los Tilos. El emperador Francisco José iba sentado á la derecha del emperador Alejandro. En todo el trayecto una inmensa multitud vitoreó á los dos soberanos. A las siete hubo banquete de familia en el Palacio Real.

El emperador Guillermo, el emperador Alejandro, todos los individuos de la familia real y los príncipes que se hallan aquí, asistieron ayer noche á la función del teatro de la Opera.

Esta mañana el emperador Alejandro ha paseado en carretela por el Thiergarten (jardin zoológico), y á su regreso ha recibido á los feld-mariscales Wrangel y de Moltke y á varios generales. Al medio día el emperador Alejandro y los grandes duques han vuelto la visita al emperador Guillermo y á los grandes duques de Baden, y después han ido en compañía del príncipe heredero á ver el regimiento del emperador Alejandro.

Las correspondencias de Berlin están acordes en decir que el emperador de Austria ha sido objeto de las simpatías de la población. Un diario cita un rasgo insignificante en sí, pero que es de bastante trascendencia. Al salir de la estación el emperador Francisco José vió á la gran duquesa de Baden que estaba algo apartada, y acercándose á ella le estrechó cordialmente la mano. Este incidente excitó murmullos de satisfacción.

Los berlineses dicen que Francisco José es un buen mozo, que le sienta bien el uniforme y que tiene el aspecto de un excelente muchacho (*sehr gemüthlich*). Es el mayor elogio que puede salir de los labios de un habitante de las orillas del Sprée.

Un hijo del príncipe heredero vestía uniforme de hulano, y tiene ya aspecto muy marcial. El príncipe de Bismark ha engordado mucho, y el casco le incomoda. Así pues, apenas subió al coche se apresuró á quitárselo para reemplazarlo con una gorra de diario. Casi todos los oficiales siguieron este ejemplo.

M. de Bismark es muy popular, y parece que le halagan los vivos de la multitud. El conde de Moltke es menos amable y le importuna el ruido. Se cuenta que durante una audiencia, un oficial de servicio entró en el gabinete del general, le entregó un pliego y se retiró sin decir una palabra. El general abrió el pliego, y siguiendo con la mirada al oficial que se retiraba, murmuró entre dientes: «¡Maldito hablador!»

Esta pequeña leyenda caracteriza bastante bien al conde de Moltke.

El sábado el emperador alemán ofreció á los dos soberanos el espectáculo de una fiesta militar en grandiosas proporciones.

Fuó una gran revista en el llano de Tempelhoff, á la que asistieron 30,000 hombres de todas armas.

Desde las ocho de la mañana los cuerpos se han puesto en movimiento y los regimientos de la guardia han ido á buscar á palacio sus respectivas banderas y estandartes, y lo mismo han hecho los que las tenían en las habitaciones de los emperadores de Austria y Rusia.

A las nueve y media todas las tropas se hallaban colocadas en sus puestos según el orden de batalla que se habia publicado de antemano, según el cual las tropas debían estar dispuestas en dos líneas, la primera formada por la infantería y los zapadores y la segunda por la artillería y el tren. Las tropas se hallaban mandadas por el príncipe Augusto de Wur-

temberg, comandante general de los guardias de corps.

A eso de las nueve y media el emperador Guillermo ha ido al campo de la revista en coche descubierto, y poco después han llegado todos los príncipes alemanes y extranjeros y todos los generales y oficiales superiores que se hallaban en Berlin, así extranjeros como nacionales.

La emperatriz Augusta, la princesa real y otras muchas princesas extranjeras, llegaron también á Tempelhoff. Uno de los personajes que llamaba la atención era el conde Andrassy, por su brillante uniforme de *honvedo*, así como el príncipe Gortschakoff y el príncipe de Bismark, que acompañaba á su hija.

Los emperadores de Austria y Rusia han llegado al campo en un mismo coche, en el que ocupaba el de Austria el asiento preferente, á las diez y media, y han montado á caballo. A su llegada, el emperador Guillermo les salió al encuentro y les entregó el orden de batalla; las tropas presentaron las armas y dieron por tres veces un ¡hurra! formidable, y las músicas después de haber tocado la marcha real correspondiente á la presentación de armas, tocaron alternativamente por brigadas los himnos y marchas nacionales de Austria y Rusia.

Los tres emperadores han recorrido por dos veces el frente de las tropas, entre las que se hallaban en formación, por primera vez, los príncipes Federico-Guillermo y Enrique, hijos del príncipe heredero, al frente de la compañía del primer regimiento de la Guardia. Después ha empezado el desfile.

El emperador Guillermo llevaba las condecoraciones del orden ruso de San Jorge y del orden austriaco de San Estéban. La revista se ha concluido á la una, hora en que los emperadores volvieron á Berlin en medio del inmenso gentío que habia concurrido á presenciar aquella brillante parada, y que los vitoreaba á su paso.

A las cinco de la tarde hubo un banquete de 164 cubiertos en la *sala blanca*, al que asistieron los tres emperadores, los príncipes reinantes que se hallaban en Berlin, los tres cancilleres de los imperios de Rusia, Austria y Alemania, los ministros prusianos, los embajadores de Rusia, Francia é Inglaterra, el príncipe Orloff, embajador de Rusia en Paris, los embajadores de Alemania en Viena y San Petersburgo, los feld-mariscales de Moltke y Wrangel, etc., etc.

No hablamos de las iluminaciones, ni de los paseos de los emperadores, aunque haya alguno tan notable como el que hicieron á Sans-Souci, representado en nuestra lámina, ni de otros detalles de las grandes fiestas de Berlin, por no alargar en demasía este artículo. Sin embargo, no debemos terminar sin decir que los periódicos alemanes están acordes en asegurar el carácter pacífico de la entrevista. R. S.

## Literatura sanscrita.

EL RAMAYANA.

(Continuacion. — Véase el número 1,027).

Las iniquidades de Asamandjas obligaron á su padre á desterrarle del reino. Asamandjas tuvo un hijo, llamado Ansumat, tan bueno y amable como odioso era su progenitor.

Habiendo determinado Sagara celebrar un *asvamedha* (sacrificio del caballo), una gran serpiente salió de la tierra durante la ceremonia y arrebató el caballo que iba á ser sacrificado; al ver este suceso los sacerdotes exigieron á Sagara que mandase perseguir al raptor y recobrar la víctima, en virtud de cuya exigencia los sesenta mil hijos de Sagara partieron en busca de la serpiente, destrozando toda la tierra para encontrarla.

La implacable destrucción de todo género de criaturas llevada á cabo por los hijos de Sagara, impulsó á los dioses á acudir á Brahma, suplicándole que ponga fin á tantos estragos, á lo que contesta el dios supremo que el raptor del caballo es Vasudeba Kapila (Vishnú), quien sin duda ha verificado el rapto para que se cumplieran aquellos hechos y para perder á los hijos de Sagara; con lo cual los dioses se dan por satisfechos y se retiran á sus palacios celestes.

Vuelven entonces los hijos de Sagara á la presencia de su padre, y le refieren que á pesar de haber destrozado toda la tierra y hecho una inmensa carnicería de animales, *Daityas*, *Danavas* y *Rakshasas*, no han tenido resultado sus esfuerzos; el rey ordena entonces que penetren en las regiones infernales; pero al entrar en ellas hallan al caballo en compañía de Kapila (Vishnú), al cual atacan encolerizados; mas el dios los reduce á cenizas con un soplo de su boca poderosa.

Inquieto Sagara por la tardanza de sus hijos, envía en su busca á Ansumat. En sus prolijas investigaciones llega este al lugar en que los cuatro elefantes sagrados sostienen al mundo, hasta que por fin encuentra á los hijos de Sagara reducidos á cenizas. Deseoso



de rendirles el tributo del agua lustral, comienza á buscar, aunque en vano, un manantial, y estando en esta operacion descubre á Garuda, monarca de los pájaros, que le refiere lo sucedido y le dice que para purificar los manes de sus tios, es fuerza que las aguas del Ganges bañen sus cenizas, para lo cual se necesita que el sagrado rio descienda á la tierra. Al oír estas palabras, Anumat se apodera del caballo, origen de tan terribles sucesos, que se hallaba en el teatro de la catástrofe y vuelve al reino de Sagara para referir lo sucedido. Sagara concluye el interrumpido sacrificio y vuelve á su capital, donde murió sin haber encontrado medio de hacer bajar el Ganges á la tierra. Sagara habia reinado treinta mil años.

Su sucesor, Anumat, deseando obtener por medio de la penitencia el ansiado descenso del rio, dejó el trono á su hijo Dilipa y se retiró al Himalaya, donde se entregó á las mortificaciones mas rigurosas. Anumat murió sin ver cumplido su deseo, despues de treinta y dos mil años de vida penitente. Su hijo Dilipa murió despues de veinte mil años de reinado, sin conseguir tampoco lo que no consiguió su padre.

El hijo de Dilipa, Bhagiratha, hizo penitencia por espacio de mil años en el monte Gaukarna. Al cabo de este tiempo se le apareció en su ermita el dios Brahma con todos los inmortales, y le dijo que le pidiera la gracia que quisiese, á lo que contestó el santo rey pidiendo que el Ganges bajase del cielo á purificar las cenizas de sus antepasados. A esta demanda contestó Brahma que si el Ganges cayese de golpe sobre la tierra, esta no podria resistirlo; siendo necesario, por tanto, que el dios Siva lo sostuviese en su caída. Bhagiratha, al oír estas palabras, decide hacer penitencia durante un año, al cabo del cual se le aparece Siva y le promete acceder á sus deseos.

Entonces se verifica la caída del Ganges, hecho descrito con tal magnificencia por el poeta, que no podemos resistir al deseo de traducir el pasaje, poniendo el nombre del rio en la forma masculina para mejor inteligencia del texto:

«Subido en la cima del Himalaya Mahesvara (uno de los nombres de Siva) dijo, dirigiéndose al rio que corre por los aires: ¡ Desciende!

» Separando entonces su cabellera, formó con ella una cuenca de muchas yodjanas de anchura y semejante á la caverna de una montaña. Caído de los cielos el Ganges, el rio divino, precipitó sus olas con grande ímpetu sobre la cabeza de Siva, infinito en su esplendor.

» Rápido, inmenso, revuelto, el Ganges erró sobre la cabeza del gran dios todo el tiempo que invierte el año en verificar su revolucion. Para lograr la libertad del Ganges, Bhagiratha se esforzó nuevamente en obtener el favor de Mahadeva (Siva), el inmortal esposo de Uma. Entonces, cediendo á sus plegarias, Siva dejó libres las aguas del Ganges; una sola trenza de sus cabellos formó el canal por donde se precipitó el rio de tres lechos, el puro y afortunado rio de los grandes dioses, el purificador del mundo, el Ganges, en fin, valiente Rama.

» A este espectáculo asistían los dioses, los Rishis (patriarcas), los Gandharvas (músicos celestes), y los diferentes grupos de los Siddhas, todos montados, unos en carros de formas diversas, otros en bellos caballos y magníficos elefantes; y las diosas que vinieron nadando; y el abuelo original de las criaturas, el mismo Brahma, que se divertía en seguir el curso del rio. Todas estas clases de inmortales, de infinito vigor, se habian reunido allí, curiosas de ver la mayor de las maravillas, la prodigiosa caída del Ganges en el mundo inferior.

» El esplendor de esta reunion de inmortales y los magníficos adornos que llevaban, iluminaban todo el firmamento con una radiante claridad, igual á la luz de cien soles; y sin embargo, el cielo estaba entonces envuelto en sombrías nubes.

» El rio avanzaba, á veces muy rápido, á veces moderado y tortuoso; ya se desenvolvía en toda su anchura; ya sus profundas aguas marchaban lentamente, ya chocaban entre si sus olas, donde nadaban los delfines entre variadas especies de reptiles y pescados.

» Rasgaban el cielo relámpagos que aquí y allá lucían; llena la atmósfera de millares de blancas espumas, brillaba, como brilla en el otoño un lago que platea una multitud de cisnes. El agua, caída de la cabeza de Mahadeva, se precipitaba sobre la tierra, donde subía y bajaba muchas veces en torbellinos, antes de seguir su curso regular sobre el seno de Prithivi (la tierra).

» Entonces los Grahas, los Ganas y los Gandarvas, que habitaban el seno de la tierra, limpiaron con los Nagas (serpientes) el camino del rio de impetuosa fuerza, rindieron los honores á las limpidas ondas que se habian reunido sobre el cuerpo de Siva, y deramándolas sobre si, quedaron en el instante lavados de toda mancha. Aquellos á quienes una maldicion habia precipitado desde el cielo sobre la faz de la tierra, volvieron á los palacios etéreos, recobrada su pureza por la virtud de aquella agua. A lo largo de las riberas del rio los Rishis divinos, los Siddhas y los mas grandes santos murmuraban sus oraciones en voz baja, los dioses y los Gandharvas cantaban, los coros de las Apsaras (ninfas ó bayaderas celestes) danzaban, los anacoretas se entregaban á la alegría, y el universo entero rebotaba regocijando.

» La bajada del Ganges llenaba de placer á los tres mundos. El santo rey de brillante esplendor, Bhagiratha, montado en un carro divino, marchaba á la ca-

beza. Arrastrando la masa entera de sus grandes olas, noble hijo de Raghú, venia detrás, como si danzase, el Ganges. Dispersando con ligero pié sus aguas, adornado con una guirnalda y penacho de espuma, jugueteando con admirable ligereza entre los torbellinos de sus grandes olas, el Ganges seguía el camino que llevaba Bhagiratha, y avanzaba divirtiéndose en locos juegos. Todos los dioses, la multitud de los Rishis, Daytias, Danavas y Rakshasas, los mas eminentes Gandharvas, y Yakshas, los Kinnaras (músicos celestes), las grandes serpientes y todos los coros de las Apsaras seguían, noble Rama, el triunfante carro de Bhagiratha.

» Asimismo, todos los animales que viven en las aguas, seguían gozosos el curso del célebre rio adorado en todos los mundos. Adonde se dirigía Bhagiratha iba también el Ganges; ¡oh, el mas eminente de los hombres! El rey llegó á la orilla del mar, y bañando sus huellas, dirigió hácia allí el Ganges su curso. Del mar se encaminó á las entrañas de la tierra, al sitio registrado por los hijos de Sagara; y habiendo introducido al Ganges en el fondo del Tártaro, consoló por fin á los manes de sus antepasados é hizo correr sobre sus cenizas las aguas del sagrado rio. Entonces, revestidos de cuerpos divinos, subieron al cielo en la embriaguez de la alegría.»

Verificado el descenso del Ganges, Brahma dice á Bhagirata que en memoria del rey Sagara el mar llevará su nombre, así como el Ganges se llamará Bhagirathi para conmemorar aquel suceso.

Tal es la singular y poética leyenda del nacimiento del Ganges, que constituye uno de los mas hermosos episodios del Ramayana.

De carácter puramente teogónico son las leyendas que siguen á esta, y que se refieren con motivo de preguntar Rama los orígenes de la dinastia que reinaba en la ciudad de Vesali. Para satisfacer su curiosidad, Visvamitra expone la celebre historia que á continuación insertamos.

En la edad Krita (1) existían las dos familias de los hijos de Diti y Aditi, hermanas ambas y esposas de Kasyapa. Estas dos razas eran mortales enemigas. Reunieron un dia, sin embargo, con objeto de hallar un medio de librarse de la vejez y de la muerte, y de comun acuerdo resolvieron recoger todos los simples de la tierra, arrojarlos en el mar de leche (el Oceano) y batirlos cual si fueran á hacer manteca; la esencia divina que resultaría poseería sin duda las virtudes necesarias para el fin que se proponían.

Puestos á la obra, sirviéronse del monte Mandara (Merú) como de una mantequera, despues de rodearle con la serpiente Vasuki, arrollada cual si fuera una cuerda, y con tan colosal aparato comenzaron á batir el Oceano. Entonces salieron de las aguas las ninfas celestes (Apsaras) cuyo nombre significa *salidas de las aguas*; ni los hijos de Aditi, ni los de Diti, quisieron tomarlas en matrimonio, por lo cual quedaron en comun. Despues de las Apsaras salió de las aguas Varuni, por otro nombre Sura (la Amphitrite india) en busca de un esposo. Rechazaron los hijos de Diti á la hija de Varuna, dios de las aguas (el Neptuno indio), pero fué aceptada por los hijos de Aditi. Desde entonces estos (los dioses) se llaman Suras y los hijos de Diti (los demonios) Asuras.

Salió en seguida de las aguas el caballo de Indra Utchchessravas (el que tiene derechos las orejas); luego Kostubha (la perla de las perlas), la joya de Krishna; sobrenadó despues en medio de las aguas la divina ambrosia (*amrita*), y por último, apareció Dhanvantari, el rey de los médicos (el Esculapio indio) que llevaba en sus manos un jarro lleno del precioso néctar. Despues de estas apariciones salió de las aguas el pez destructor de los mundos, que fué devorado por las serpientes, episodio casi enteramente ininteligible.

Con motivo del reparto de la ambrosia se traba entre los dioses y los demonios aquella terrible lucha en que estos fueron vencidos por aquellos, merced á los esfuerzos del poderoso Indra.

De esta leyenda hay otra version algo diferente, consignada en el episodio del Mahabharata llamado *Astika-parva*. En esta version se introduce la encarnacion de Vishnú en tortuga (Kurmavata). Cuando los dioses y los demonios arrancan de raíz el monte Merú para batir el mar, Vishnú encarnado en una tortuga sostiene el monte sobre sus espaldas (recuérdese la fábula mitológica de Atlas) para impedir que se hunda en el abismo y aplaste el mundo. Refiérese también en esta version que en el momento de batir el mar se inflamó el monte Merú, y que el fuego del monte y el humo que arrojaba la serpiente Vasuki dieron á los demonios (Asuras) el color negro que les distingue (alusión manifiesta á las tribus Melanias que fueron asimiladas á los dioses infernales).

Esta extraña leyenda, que no carece de cierta grandiosidad, tiene su raíz en la antigua religion védica y va revistiendo diferentes formas, no solo en la literatura india, sino en las teogonias de casi todos los pueblos Aryas.

En la religion védica los Adityas ó hijos de Aditi son los dioses solares Varuna, Surya, Savitri, Bhaga,

(1) *Kritayuga* (edad de la perfeccion). Es la primera de las cuatro grandes edades en que se divide la vida de este mundo. Comprende 4,000 años divinos (1,728,000 años humanos). Las otras edades se llaman *Tretayuga*, *Dvaparayuga* y *Kaliyuga*, que es la edad presente.

Puschan, Mitra y Aryaman; y Aditi, su madre, es la personificación de la naturaleza. Varuna personificaba la bóveda celeste, y mas tarde la noche; es, pues, el sol nocturno. Surya es el sol considerado como origen de la luz y se le representa sobre un carro arrastrado por un caballo (el carro de Febo). Savitri es el sol considerado como productor, como dios de la fecundidad. Bhaga quiere decir *el sol feliz*. Puschan es el sol vencedor de las nubes y de las tinieblas. Mitra, tan célebre en el imperio romano, es el sol de dia en oposicion á Varuna, el sol de noche. Aryaman es el dia solar, y mas tarde el sol destructor, el sol de la muerte. Contra estos dioses y contra el dios supremo Indra combaten los Asuras, á cuyo frente figuran Vritra (el encubierto) y Ahi (la serpiente), personificaciones de las nubes tempestuosas. A estos acompañan los Daityas (los relámpagos y rayos), Cuschna (la sequia), los Rakshasas y los Bhutas. En su origen el nombre de Asuras se aplicó á los dioses; pero despues de la separacion de los Iranios (medo-persas) y de la aparicion del Mazdeísmo, se dió este nombre á los demonios, precisamente por haberse dado Zoroastro á sus divinidades. Llamóse á los Asuras *Dasyus* (enemigos) y en ellos se representó á los indígenas de la India y se convirtió en demonios á las tribus Tibetanas, dando á los seres infernales el nombre de Bhutas que llevaban dichas tribus.

Al aparecer el brahmanismo, todas las tradiciones védicas sufrieron grandes modificaciones. Los Adityas védicos las experimentaron también. Varuna descendió del puesto que ocupaba, y de Dios solar se convirtió en Dios de las aguas, y de los demás dioses solares únicamente Surya conservó su rango. Otro tanto aconteció con Aditi; hizose de ella una hija del Maharchi ó patriarca Dakcha, hijo de Manú Svayambhuva (el primer hombre) y se la casó con el Rischí, Saptarichi ó Radjarchi Kaspaya, de quien tiene sus doce hijos luminosos (Suras); por último, se la dió una hermana, Diti, desconocida en los Vedas, casada con el mismo Kasyapa y madre de los demonios Daytias ó Asuras, cuya lucha con los Suras se refiere en el episodio que nos ocupa.

Este episodio, ¿simboliza una catástrofe cósmica, como piensa el baron de Eckstein, ó es el simbolo de la perpetua lucha entre la luz y la oscuridad en lo físico, entre el bien y el mal en lo moral? Esta rebelion de demonios ó titanes que en toda teogonia se encuentra, ¿no es una forma grosera de explicacion del mal, considerado primero en una edad naturalista, como mal físico y sensible personificado en las tinieblas, y mas tarde como mal moral representado en los demonios? Si se tienen en cuenta las numerosas analogias que existen entre la leyenda que hemos referido y otras pertenecientes á diversas teogonias, la respuesta habrá de ser afirmativa. La ambrosia que se disputan los Suras y Asuras es la misma ambrosia que alimentaba á los dioses del Olimpo; la Varuni que brota de las aguas recuerda á la Vénus que nace de la espuma del mar, y ella misma es Amphitrite, como Varuna es Neptuno y Dhanvanthari Esculapio. En cuanto á la rebelion de los Asuras, basta recordar la rebelion de los titanes, la lucha de Ahriman contra Ahura-mazda (Ormuzd) y la caída de Luzbel, para comprender que todas las leyendas mitológicas son ramas de un mismo tronco, y que todos estos mitos no son otra cosa que explicaciones mas ó menos perfectas del gran problema del origen del mal.

Enlaza el poeta con esta narracion la historia del nacimiento de los Maruttas (los vientos) que se verificó de la siguiente manera. Desolada Diti por la derrota de sus hijos los Asuras, pidió á su esposo Kasyapa la gracia de obtener un hijo que llegase un dia á vengar á sus hermanos. Concedióla este favor Kasyapa, á condicion de que se entregara durante mil años á la mas austera penitencia para hacerse digna de él, en lo cual consintió Diti. Al servicio de la penitente entró el dios Indra, oculto bajo disfraz humilde. Diez años faltaban para cumplir el plazo prefijado, cuando un dia quedó Diti dormida en una postura indecorosa de que se burló Indra, quien aprovechándose de su sueño penetró milagrosamente en su seno y con sus terribles rayos dividió en siete partes el hijo que en él albergaba y cuyos lamentos despertaron á Diti. En vano la desgraciada madre suplicó á Indra que no prosiguiera en su obra; el dios dividió de nuevo en siete partes á cada una de las anteriores, dejando reducido el hijo de Diti á cuarenta y nueve informes fragmentos. Conmovidó al cabo por las lágrimas de la penitente, consintió en que estas cuarenta y nueve partes del embrión, revestidas de celestes y aligeros cuerpos alimentados por la ambrosia, recorrieran el mundo en alas de los siete vientos, bajo el nombre de Maruttas.

Tal es el fabuloso origen de los vientos ó Maruttas. Ya en el Rig-Veda fueron celebrados bajo este nombre; pero no como hijos de Diti, sino de Rudra, dios de las tormentas, y de Prisni, (la tierra). Aparte de los vientos, reconocía el Rig-Veda el viento mismo considerado en su unidad y personificado en Vayu. Es fácil hallar en estas leyendas el origen de las que sobre el mismo asunto referian los griegos. Los vientos, que gobernaba Eolo, eran hijos del cielo y de la tierra, como en el Ring-Vedra lo son de Rudra, que como dios de las tormentas es una de las varias formas del cielo, y de Prisni (la tierra), pareja renovada en el brahmanismo bajo los nobres de Indra, forjador del rayo, y Diti, hermana de Aditi (la naturaleza).

(Se continuará.)





ENTREVISTA DE BERLÍN. — Los tres emperadores en Sans-Souci.



**El príncipe Milan**

DE SERVIA.

Hace algo mas de cuatro años, en junio de 1868, el príncipe Miguel de Servia caía mortalmente herido por las balas de tres asesinos, cuando se paseaba en el parque del castillo de Topchidere, situado á 4 hilómetros de Belgrado.

Con él se extinguió la descendencia directa de Milosch Obrenovitch, el fundador de la independencia de Servia. Solo un heredero quedaba de tan glorioso nombre: un jóven de catorce años, el príncipe Milan, nieto de Iephrem, hermano de Milosch.

Hallábase entonces en Paris estudiando en el Liceo Louis-le-Grand, en calidad de externo, pues el príncipe Miguel le habia dado por mentor un profesor respetable, M. Francisco Huet, que ha fallecido recientemente. El profesor y su alumno partieron al punto para Belgrado, acompañados de un miembro de la futura regencia, que habia recibido en Berlin la noticia del atentado, y el 2 de julio del mismo año, la Skoupchtina, reunida extraordinariamente, proclamaba al jóven Milan príncipe reinante de Servia con el nombre de Milan Milosch Obrenovitch IV. Al mismo tiempo nombró un consejo de regencia para gobernar durante su minoría.

Segun la ley de sucesion de 1861, confirmada despues por la constitucion de 1869, la mayor edad de los principes de Servia se ha fijado en diez y ocho años. Así pues, en 1872 el príncipe Milan, nacido el 22 de agosto de 1854, debia llegar á su ma-



El príncipe Milan Obrenovitch de Servia.

yor edad y tomar posesion del poder. Con efecto, el 22 de agosto último se ha coronado, y esta ceremonia ha dado ocasion á grandes fiestas que llevaron á Belgrado mas de 40,000 forasteros. Las diversas potencias de Europa enviaron casi todas diputaciones especiales para felicitar al jóven príncipe, que hoy reina y gobierna.

Con un territorio como el de Grecia, y cuatro veces menos poblado que la Rumania, la Servia ocupa en Oriente una posicion igual, si no superior á la de esos dos Estados. Por su excelente organizacion militar, el buen órden de su administracion, el equilibrio que ha sabido mantener siempre en su presupuesto, ejerce entre las poblaciones eslavas que la rodean un gran ascendiente. Al nuevo príncipe corresponde utilizar esas fuerzas y trabajar, como su antecesor, en el cumplimiento de los destinos á que su país parece llamado.

En su proclama á los servios se ha comprometido á hacerlo.

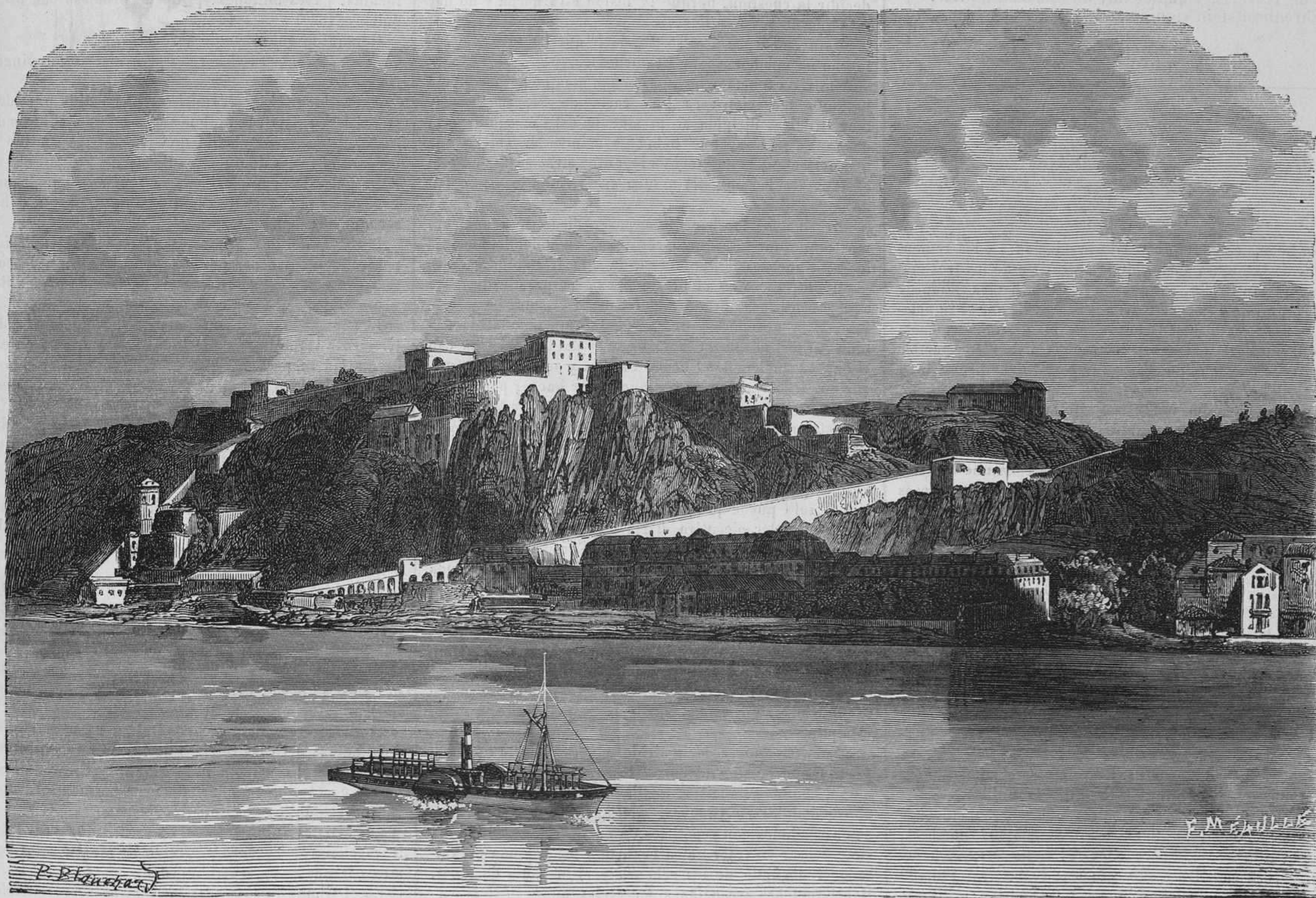
« Me esforzaré, dice, para ser digno sucesor de los Obrenovitch... »

Y luego añade :

« La Servia por su amor al órden y al patriotismo se ha conquistado la estimacion universal. Aumentemos este sentimiento que inspira. Seria sensible perder la menor de las adquisiciones de nuestros padres, y poco meritorio no añadir nada á ellas. »

Si tal es su voluntad, no le faltarán los medios.

L. C.



La fortaleza de Ehrenbreitstein.



## La fortaleza de Ehrenbreitstein.

ENFRETE DE COBLENZA.

No son solo las fortificaciones de Estrasburgo y de Metz las que el gobierno de la Alemania del Norte repara y aumenta actualmente, sino que pone en buen estado de defensa todas las plazas fuertes del Rhin, entre otras Maguncia, Coblenza y la formidable fortaleza de Ehrenbreitstein, situada en la orilla derecha del Rhin, enfrente de esta última ciudad, con la que comunica por un puente de barcas y cuya defensa completa.

Esta fortaleza se eleva en un escarpado peñón que domina el Rhin á una altura de 122 metros.

La construyó en 1138 el arzobispo Hilino de Tréveris, y era ya muy importante en la época de la guerra de los treinta años. El mariscal de Boufflers la sitió en 1688 y no pudo tomarla, y lo mismo le sucedió á Marseau en 1796. Sin embargo, acosada por el hambre en 1799, tuvo que rendirse y fué desmantelada.

En 1803 la ciudad y la fortaleza de Ehrenbreitstein fueron atribuidas como indemnización al príncipe de Nassau de Weilburgo, y el congreso de Viena las dió en 1815 á la Prusia, que mandó al instante levantar las obras y las ha aumentado mucho después.

La fortaleza, protegida por 400 bocas de fuego, se compone en el fuerte principal de dos ó tres hileras de baterías en casamatas, abovedadas y sobrepuestas.

Puede contener una guarnición de 14,000 hombres, y 1,200 bastan para defenderla. Los precipicios que domina la ponen por tres lados al abrigo de todo ataque, y en la parte noroeste, única accesible, hay tres líneas de defensa.

Además, no tiene que temer la prolongación de un sitio, pues sus inmensos almacenes, siempre provistos, podrían contener en caso necesario los abastecimientos para 8,000 hombres durante diez años, y luego posee vastas cisternas con provision de agua para tres años. Por último, en la fortaleza hay un pozo de 133 metros de profundidad, abierto en la peña y que comunica con el Rhin.

La población de Ehrenbreitstein, llamada también Thalehrenbreitstein, que se extiende bajo las murallas de la fortaleza, es centro de un comercio muy activo, sobre todo en vinos.

En el siglo XVII se llamaba Mulheim in Thal, nombre que cambió después por el de Philippsthal.

En esa población se encuentra una fuente de agua mineral y un castillo que fué residencia de los electores de Tréveris, y que es hoy un almacén militar.

Ehrenbreitstein significa *ancha piedra de honor*.

X.

## Revista de Paris.

No hemos concluido con las apreciaciones y los comentarios de la prensa acerca de la entrevista de los tres emperadores en Berlin, aunque no por esto hemos salido de dudas respecto á su significación política. Lo que se va aclarando cada vez mas es la actitud de los diarios alemanes, que demuestran una satisfacción nada disimulada por los resultados que la triple alianza imperial debe producir en la marcha general de los sucesos ulteriores. A su juicio, estos resultados son infalibles. ¿Quién se atrevería á luchar contra las fuerzas reunidas de los tres omnipotentes soberanos? Y sobre este punto se extienden con delicias en la enumeración de los ejércitos que cada uno de ellos puede poner en campaña. Hagamos un resumen de esos cálculos.

El efectivo de los ejércitos rusos se eleva, al decir de los periódicos alemanes, sin contar la policía local, las tropas de guarnición ni los cosacos de las provincias situadas fuera de Europa, á 1,362,464 hombres, 324,760 caballos y 2,084 piezas de artillería.

El Austria cuenta 963,051 hombres, 132,323 caballos y 1,424 cañones.

Por último, el ejército alemán se compone de 1 millón 032,506 hombres, 239,314 caballos y 2,022 cañones.

Sumando todos estos guarismos, tenemos el formidable total de 3,477,991 hombres, 696,397 caballos y 5,530 cañones.

Pero no acaban aquí los cálculos de los alemanes.

Pasando revista también á las fuerzas militares de los demás países de Europa, nos dicen que la Francia, sobre el pié de guerra, no tiene mas de 505,537 hombres, 113,936 caballos y 984 cañones; la Italia 501,977 hombres, 43,472 caballos y 720 cañones; Inglaterra, 470,799 hombres (de los cuales solo 154,638 podrían utilizarse fuera del país), con 33,642 caballos y 336 cañones,

Siguen los estados relativos á Bélgica, Holanda, Dinamarca, Turquía y España, que no reproducimos por no erizar de cifras estos datos, y para llegar cuanto antes á la conclusión, que es el total comparado de las fuerzas de que disponen los tres emperadores y las que cuentan los demás Estados europeos, consistentes estas últimas en 2,183,513 hombres, 320,357 caballos y 3,584 cañones.

La diferencia es grande, pasa de un millón de soldados, y esto es lo que importa hacer constar á los diarios que cantan las glorias de los tres emperadores.

Con razon se puede preguntar á los tales periódicos, si es ocasión de entregarse á tales cálculos, cuando la reunión imperial de Berlin les sugiere á todos la idea que proclaman en alta voz de hacer creer á las naciones que no se piensa en otra cosa sino en asegurar la paz por un tiempo ilimitado.

Sea como quiera, este alarde de fuerza es muy propio para inspirar reflexiones á los pueblos europeos que se encuentran relativamente desarmados.

La Francia particularmente no deja de hacerlas con la reserva que su situación la impone. La obra de reorganización adelanta, porque á ella consagra sus cuidados el gobierno, pero la cuestión se complica con las cosas interiores. Todo el mundo está acorde en el primer punto, en que es preciso prepararse cuanto antes para todas las eventualidades que puedan surgir; desgraciadamente, al tratarse de la forma de gobierno se acaba esa unanimidad y se da rienda suelta á las pasiones.

Tal es la preocupacion que inquieta los ánimos.

Pasan dias, pasan semanas y se acerca el momento en que la Asamblea nacional se reunirá otra vez en Versalles.

¿Conseguirá el poder actual en el nuevo período de la legislatura, los triunfos que ha alcanzado hasta hoy en esa cuestión tan árdua?

Difícil es creerlo, cuando vemos que en estos meses de descanso, si la palabra ha cesado de oírse, en cambio se emplea la pluma en polémicas cada vez mas alarmantes.

Si el presidente de la República juzga oportuno escribir alguna carta por sí ó por su secretario M. Barthélemy Saint-Hilaire, sobre la cuestión política interior, ya puede tenerse por seguro que la contestación no se hará esperar, que á los deseos de consolidación de lo existente que demuestra M. Thiers, corresponderá una nueva protesta de algun diputado de la mayoría, en favor del principio monárquico.

Así lo hemos visto esta semana.

A la carta del presidente al general Chanzy, en que se expresaban aquellas esperanzas, un diputado legitimista opone una declaración fulminante, diciendo que M. Thiers olvida el pacto de Burdeos, y que la Cámara puede ya decidir la cuestión, porque la fusión está hecha y no hay mas que un rey legítimo.

Y sin embargo, preciso es decir que las ideas del gobierno no pueden ser mas comedidas.

A la vista tenemos hoy un documento que ha producido bastante sensación: es una carta de M. Barthélemy Saint-Hilaire, dirigida al presidente del Consejo general de Saona y Loira, que había enviado á M. Thiers una manifestación, la cual contenía, entre otras cosas, un voto en favor de la amnistía y otro en favor de la disolución de la Asamblea.

«Abrigamos la firme esperanza, dice este documento muy importante, porque se consignan en el detalladamente los sentimientos del gobierno, de que la República conservadora, tal como el presidente la ha practicado hasta aquí y continuará practicándola, devolverá muy luego á la Francia la grandeza y prosperidad que jamás habría debido perder, al mismo tiempo que la dará la libertad con el orden. Mucho se ha hecho en diez y ocho meses, aunque sin duda queda todavía mucho por hacer; pero nuestra cordura nos asegurará el buen éxito, y hoy la cordura consiste en no precipitar ninguna cosa.»

Por esta razon M. Barthélemy Saint-Hilaire rechaza los dos votos de los republicanos de Saona y Loira.

Dice que legalmente la disolución de la Asamblea nacional solo puede pronunciarse por la misma Asamblea y que el poder ejecutivo haría mal en mezclarse en el asunto, máxime cuando M. Thiers ha prometido solemnemente en la tribuna, que no tomaría ninguna parte en una campaña promovida con ese objeto.

Su creencia particular es que los diputados comprenderán cuándo ha llegado la hora de retirarse, que será el día en que la evacuación del territorio se halle bastante adelantada para que pueda tenerse ya como cumplida.

Por lo que hace á la amnistía, solo la Cámara puede pronunciarla, dice M. Barthélemy Saint-Hilaire, y sobre este punto añade:

«Amnistía quiere decir olvido, y por mi parte no comprendo que puedan olvidarse los crímenes de la Comune, cuando ella misma nos los recuerda todos los dias, glorificándolos en Ginebra, en Londres y en la Haya, y amenazándonos con repetirlos en cuanto pueda. No es posible pensar en traer hoy á Francia á los que han organizado el degüello de los rehenes y el incendio de Paris. Habría muchas excepciones necesarias, que la justicia exigiría á la amnistía. Pero si la rechazo, comprendo muy

bien las medidas de clemencia parciales, y todo el mundo ha podido ver que de 32,000 acusados, 25,000 han sido puestos en libertad sin formación de causa, y que por punto general, las sentencias pronunciadas han sido lo menos rigurosas posibles. En estos últimos dias se ha decidido que debían cesar las prisiones por hechos relativos á la insurrección; y por otra parte, yo supongo que, salvo casos excepcionales, no habrá ya ejecuciones capitales. No me parecería á mí prudente hacer mas; pues el demostrar mas indulgencia en la actualidad, sería á la par injusto y peligroso para la República.»

Y en la conclusión de la carta, M. Barthélemy Saint-Hilaire se resume diciendo que las dos medidas que se piden, disolución y amnistía, no entran en la competencia del presidente de la República, y son, además, inoportunas.

Así pues, el gobierno lejos de usurpar los poderes de la Cámara, los afirma cuantas veces se trata de cuestiones que atañen exclusivamente á su soberanía; y sin embargo, la mayoría de la Asamblea protesta siempre por conducto de alguno de sus miembros, todo porque en las declaraciones del gobierno se encuentra invariablemente la alusión al presente estado de cosas, á la República.

Pero demos ya punto á la política.

Las playas marítimas comienzan á quedarse vacías. Próximamente el presidente de la República dejará Trouville y será la señal de la deserción general, porque á la verdad, llega también el tiempo en que los parisienses comienzan á regresar á sus hogares. Dícese que M. Thiers pasará en el Eliseo algunas semanas, es decir, el resto de las vacaciones de la Asamblea; á menos que una vez reunida la Cámara no se proponga el regreso á Paris, como sucederá según dicen algunos, y esta vez con mayores probabilidades de conseguirlo.

Sea como quiera, Paris va tomando ya ese aspecto de otoño que anuncia la temporada de las fiestas. Los conciertos al aire libre cierran sus puertas, y en cambio, los teatros se ven concurridos y la novedad mas insignificante atrae gente.

En este caso se encuentra la pieza estrenada en Variedades, con el título de: *le Tour du cadran*, cinco actos y seis cuadros de M. Hector Cremieux y M. Enrique Bocache.

No puede darse nada mas extravagante; pero á falta de cosa mejor, se aplaude y se celebra.

Su principio nos ofrece, sin embargo, un cuadro de verdadera comedia. Y aunque es escasa su originalidad, por mas que se repite produce siempre su efecto.

Asistimos á la lectura de un testamento.

M. Dufressard acaba de morir dejando tres millones de fortuna. ¡Tres millones! ¡Qué de promesas en estas dos palabras!

¿He aquí el enjambre de herederos.

¿Para quién será el bocado principal de tan pingüe herencia?

Ahora bien, el tal M. Dufressard ha tenido una idea singularísima: deja sus millones al sobrino ó sobrina de una castidad tan irreprochable que jamás haya sentido en su corazón el fuego de un amor ilícito.

Después de pensarlo bien, se reconoce que la primita Ernesta es tan inocente como una paloma y que debe corresponderla aquella fortuna.

Pero ¿quién lo reconoce así? Su padre el notario, que naturalmente procura por los suyos, con gran descontento y con muchas protestas de la caterva de pretendientes.

Sin embargo, no es cosa concluida.

El notario hace presente que no se adjudicarán definitivamente los millones á la jóven Ernesta, sino en el caso de que no se presente ninguna reclamación válida en el término de doce horas, de las doce del día á las doce de la noche.

Así lo dispone el testamento. El reló de la sala del difunto marcará este plazo cuando se haya hecho en su esfera esa evolución completa.

No pasan muchos minutos sin una peripecia.

De repente aparece otro sobrino que llega á escape de su departamento, y que cuenta con el requisito exigido por Dufressard, esto es, que se halla puro de todo amor ilícito ó ilícito.

Nada mas cómico que la prueba á que le someten.

No sabe lo que quieren decir cuando le hablan de amores, y la insistencia del interrogatorio le ruboriza y acaba por hacerle derramar lágrimas de vergüenza.

Es imposible no concederle la mitad de los tres millones y así se hace: después se celebrará la boda de los dos inocentes.

Con este argumento se llenan cinco actos que pasan en doce horas; pero las intrigas de los que tienen interés en que triunfe el sobrino ó la sobrina, y sobre todo los exámenes de candidez á que someten á los pretendientes, divierten al público que se da por satisfecho.

Los artistas animadísimo. Es verdad que para estas extravagancias del género picaresco se pintan solos los cómicos franceses de segundo orden.

En el Gimnasio se espera la primera representación de la comedia de Leon Layá, titulada: *Anna*, de la que te-



nemos las mejores noticias. Desgraciadamente será una función triste. Después de haber leído á los artistas del Gimnasio su nueva producción, que fué muy celebrada por todos ellos, M. Leon Laya se retiró á su casa, y al día siguiente le encontraron muerto : habia puesto fin á su existencia, colgándose de una argolla en el techo de su cuarto.

Encima de la mesa encontraron su testamento.

Nada se sabe de positivo sobre las causas de este suicidio. Se dice que habiendo perdido á una mujer que amaba, la vida le era una carga insostenible; pero es una suposición, como otras muchas que se han hecho.

Lo cierto es que la literatura dramática está de luto, pues Leon Laya era un autor de conciencia y en el catálogo de sus obras, hay alguna como el *Duque Job*, que honran mucho á las letras contemporáneas.

M. Leon Laya tenia sesenta y dos años.

No olvidemos en las novedades teatrales de la semana, *le Rendez-vous*, de M. Coppée, un juguete poético representado en el Teatro Francés con mucha gracia, por Bertin y Mlle Colombier. Es una señora que ha aceptado una cita en el estudio de un pintor, porque como hija de Eva es muy curiosa, y que se salva por su virtud prometiéndose no volver á ceder á tales curiosidades.

MARIANO URRABIETA.

### Romances americanos

POR

CÁRLOS WALKER MARTINEZ (1).

LA VESTAL AMERICANA.

I.

Hoy tan solo entre las ruinas  
Algunos fragmentos yacen  
De los templos que se alzaron  
Allá en remotas edades

En las islas pintorescas  
Que entre bosques de arrayanes  
Acaricia el Titicaca  
Con sus trémulos cristales.

Hoy solitario está el templo,  
Derribados los altares,  
Y en pedazos los antiguos  
Muros de mármol y jaspe.

No ya cuando en el Oriente  
El sol espléndido nace  
Esmaltando con sus rayos  
Los perfiles de los Andes,

Saludan su aparición  
En conciertos virginales  
Mil doncellas consagradas  
A tributarle homenaje;

Ni ya cuando muere el día  
En los brazos de la tarde  
Sus religiosas plegarias  
Pueblan la región del aire.

En lugar de hermosas flores  
Crecen las zarzas salvajes,  
Y en los jardines desiertos  
Ya no suspiran las aves.

Todo es hoy tristeza y luto  
En los derruidos altares,  
En los patios silenciosos  
Y en el solitario valle,

Donde un día las antiguas  
Americanas Vestales  
Se consagraron al Sol,  
Que es del Universo padre.

¡Cómo á meditar convidan  
Sus profundas soledades!  
¡Y cuánto lastima el alma  
Entre esas ruinas gigantes

Volver la vista hácia atrás  
Y recorrer los anales  
De la historia americana  
Manchada con tanta sangre!

¡Qué de siglos han pasado  
Sobre esas ruinas! ¡Cuán grandes  
Acontecimientos! ¡cuántas  
Generaciones y edades!

¡Cuántas anexas á ellas  
Tradiciones populares  
Que han conservado los siglos.  
Con respeto inalterable!

En esas islas nacieron,  
Acaso diez siglos hace,  
Los nobles hijos de Manco;  
En ella el rico, pujante,

Predominio de los Incas  
Tuvo origen; los anales  
De la historia americana,  
Que aun entre las sombras yacen,

Tienen sus primeras páginas  
Guardadas entre sus mármoles,  
Tosca construcción de un tiempo  
Lejano, oscuro y salvaje.

¡Oh! ¡y en las tardes de estío  
Cuán hermoso es el paisaje  
Que ofrece el lago, al encanto  
De sombras crepusculares!

Entre sus ondas azules  
Aparecen desiguales  
Cien islas; á la distancia  
Como formándole márgen,

Se divisa la estúpida  
Cordillera de los Andes,  
Vestida de eterna nieve,  
Coronada de volcanes;

Y mas allá, bajo un cielo  
De terso, azulado esmalte,  
Se ve la pálida luna  
De las cumbres levantarse.

Nuevo aspecto toma entonces  
El delicioso paisaje  
Alumbrado por sus rayos,  
Que un nuevo encanto le traen:

Reina una calma sublime;  
Las profundas soledades  
Se hacen mas tristes, las luces  
De los astros mas suaves;

¡Y se oye un eco en el lago  
Melancólico y errante  
Que repercute en el alma  
Con armonía inefable!...

II.

¡Ay, de la tórtola triste  
Cautiva en estrechas rejas!  
¡Ay, de la estrella brillante  
Velada por nubes negras!

¡Mal hizo Huaina Capac  
Cuando encerró por la fuerza  
En el convento del Sol  
A la hija del Misti bella!

¡No eran, no, sus lindos ojos  
Para ocultarse en la yerta  
Soledad del templo oscura  
Y orfandad del claustro austera!

¡No eran sus dulces hechizos  
Para esconder su belleza  
Lejos del mundo, entre muros,  
Y en una roca desierta!

¡Mal en los sagrados cánticos  
Entre armonías severas  
Resonará la armonía  
De sus solitarias quejas!...

¡No nació el ave del bosque  
Para vivir entre rejas,  
Ni la ardiente hija del Misti  
Para soledad eterna!

¡Oh, y la encerraron tiranos  
Porque entre las niñas era  
La mas hermosa de todas,  
La joya de mas riqueza!

El sacerdote del Sol  
Tenia una alma de fiera  
Cuando ordenó que en el claustro  
La escondieran sin clemencia.

¡En nombre del cielo habló!...  
Mas, si su intención fué buena,  
Cuando inclemente insistía  
Tenia una alma de fiera.

¡Era lloró; pero, en vano,  
Las leyes eran severas,  
Inflexible el sacerdote  
Y la sentencia tremenda!

Quince años no mas contaba  
Y al amor abría apenas  
En alas de su esperanza  
Su alma entusiasta y risueña...

¡Y apenas del mundo alegre  
Pisaba la incierta senda  
Cuando mataron en su alma  
Las glorias mas lisonjeras!

Tal vez no sabia el Inca  
Que con la horrible sentencia  
De guardarla entre murallas  
Y encerrarla prisionera,

La arrancaba de los brazos  
De uno, que en horas mas bellas  
Gozara de sus encantos  
Seguro de sus promesas.

Texpi, el valiente guerrero,  
La vió una tarde en la selva,  
Y desde entonces cautivo  
De amor entre las cadenas,

No vivió sino en los sueños  
De esperanzas hechiceras,  
Siempre por ella latiendo,  
Y suspirando por ella.

Así vibraron unidas  
Esas dos almas gemelas,  
Como dos dulces gemidos,  
Que arranca una misma cuerda.

(Se continuará.)

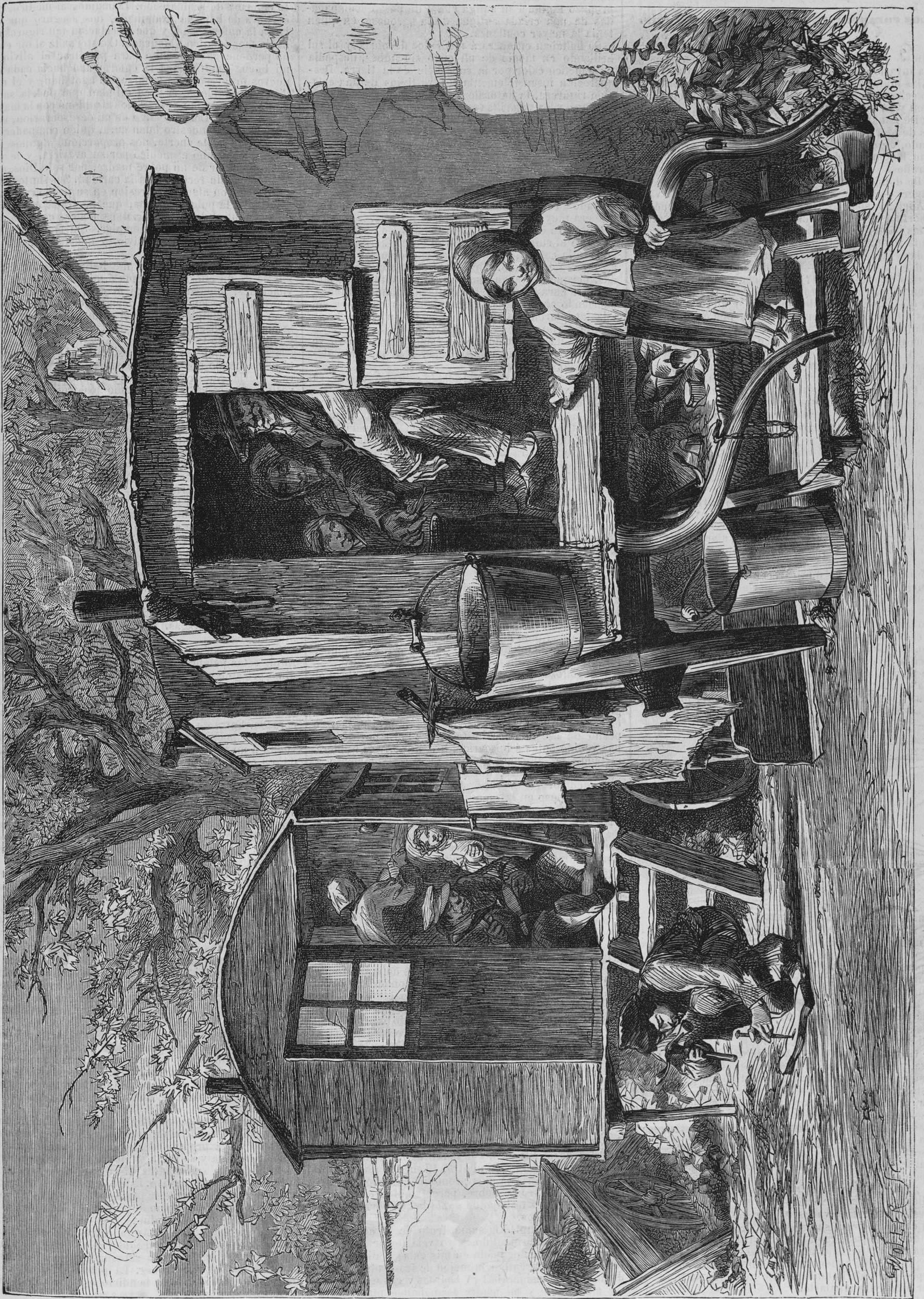
(1) El distinguido poeta don Carlos Walker Martinez, bien conocido ya de nuestros lectores, nos ha remitido la primera parte de su nueva obra titulada *Romances americanos*, de la que tomamos esta poética é interesante leyenda.





LOS GITANOS EN PARIS. — Campamento de la puerta de Saint-Ouen.





A. LAMOUR.

G. L. R.

LOS GITANOS EN PARIS. — Campamento de Levallois-Perret.



### Los campamentos de gitanos en Paris.

Desde hace quince días se habla mucho en Paris de una invasion de gitanos que se ha detenido al frente de las murallas. Seis ó siete campamentos tienen establecidos hácia Neuilly, en la puerta Maillot, en Saint-Ouen y en otras localidades del contorno.

¿De dónde vienen tales hombres? ¿Qué tipos! Cuerpos de hierro, cutis bronceado, barba negra, cabello rizado, ojo de diamante, el oído mas sutil del mundo, y un lenguaje todo formado de sonidos y diptongos extraños.

¿De dónde vienen? repetimos con la cancion de Berranger. — Nadie sabría decirlo. — ¿Y á dónde van? — Adelante siempre. Es su única respuesta. ¿Qué les importa á ellos la ley, el rey, la religion? Son otras tantas palabras cuyo sentido ignoran. ¿Las quince ó veinte tiendas levantadas en torno de Paris, están reunidas entre sí con lazos de parentesco ó policia? Imposible descubrirlo. — ¿Cómo se encuentran á las puertas de esta capital? Unos dicen que se han perdido en su camino y han llegado á Paris; y otros suponen que, procedentes de Hungria siguieron hace dos años á los ejércitos alemanes y que por esta razon se hallan hoy en Francia.

Sus tiendas de un lienzo tosco, y algunas remendadas, ni son bonitas ni están limpias. Todo allí aparece revuelto, el banco en donde se sientan, el colchon en que duermen, la sarten en que guisan. ¿Qué cocina! Es de creer que las tres brujas de Macbeth huirían al aspecto de uno de esos campamentos. Y sin embargo, entre esa gente sucia y medio desnuda, hay figuras dignas de la estatuaria griega. En Neuilly hemos visto mujeres hermosas y en Saint-Maur y en otras partes, hombres de formas magnificas. En cuanto á los chicos, casi completamente desnudos, son muy vivos y alegres y no carecen de gracia. A la edad de tres años ya fuman en pipa.

Lo que á todos ellos caracteriza muy particularmente es el amor al dinero. Toda moneda que ven relucir ilumina sus ojos. En cuanto uno se acerca para trabar conversacion, lo cual es muy fácil, ya alargan la mano pidiendo limosna. Cuando nuestro dibujante se aproximó á tomar apuntes, consintieron, pero *por tanto*. Al punto se advierte que carecen de todo rudimento de civilizacion. Los chicos tratan de meter la mano en el bolsillo del visitante. Los hombres estañan peroles y las mujeres dicen la buenaventura.

No quieren decir cómo viajan; el interrogatorio sobre esto les importuna. Hay quien dice que roban ganado, caballos, aves, huevos y frutas; pero que no cometen asesinatos. Tambien se supone que roban niños, y de aquí la adorable historia del Zapatito de la Esmeralda en *Nuestra Señora de Paris*.

Paris les va á visitar en muchedumbre, lo mismo que en el tiempo de Luis XI.

F. A.

### Emilia y Clara.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion. — Véase el número 1,028).

Clara miró á su amiga sonriéndose, y la dijo:

— Emilia mia, acuerdate cuántas veces nos ha dicho mamá, que no consiste la elegancia en la riqueza y lujo de un vestido, si no en cierta gracia compañera inseparable de la sencillez. Aquel no aumenta la hermosura ni encubre la fealdad, y esta añade siempre un nuevo realce á las gracias naturales. ¿Crees estar mas hermosa cuando te presentas en el baile adornada de perlas, que cuando con tu vestido blanco y con tu sombrerillo de paja atado con una cinta azul, corres ligera al través de las campiñas?

— Ciertamente que sí, la interrumpió Emilia con viveza, y tú misma me darás la razon cuando me veas elegantemente prendida con un vestido de gasa azul celeste, y un hermoso chal de encaje blanco. Querida Clara, tu filosofia es importuna en esta ocasion, añadió sonriéndose, y siento infinito el hallarte tan descuidada é indiferente en este punto; y adelantándose hácia un espejo prosiguió diciendo: te aseguro que me será desagradable que mi Clara se presente menos elegante que yo; pues quiero seamos iguales siempre en todo.

— ¿Iguales, querida mia? repuso Clara, tú siempre me llevarás grandes ventajas en este punto; y todos mis esfuerzos serian vanos, si pretendiese parecer tan bella como mi preciosa amiga.

Al oír estas palabras Emilia, corrió hácia su amiga, y abrazándola tiernamente exclamó con sensibilidad: — ¡Inimitable candor! mi amada Clara, acuerdate siempre que toda la ambicion de tu Emilia se limita á poder algun dia igualarte.

Dos días despues de esta conversacion, un negocio urgente obligó á la baronesa á salir de casa con ma-

dama de Vertel, y hallándose solas las dos jóvenes, propuso Emilia á su amiga el dar un paseo acompañadas de una criada antigua de la baronesa, en quien tenia la mayor confianza.

Se hallaban entonces á mediados de abril, y el sol brillando en medio de un cielo sin nubes, despedía un benéfico calor por la superficie de la tierra. Desaparecian insensiblemente los vestigios de una estacion rigurosa, la naturaleza empezaba á recobrar sus adornos, y los pajarillos saltando de rama en rama celebraban la venida de la primavera.

Las dos amigas contemplaban con placer el espectáculo siempre hermoso de la naturaleza, y hacian sus reflexiones sobre el contraste que ofrecian los tristes restos de un invierno riguroso, con las nacientes bellezas de una estacion mas benéfica y agradable; cuando al entrar en una alameda solitaria encontraron sentado en un banco al cura de aquellos contornos, que era muy conocido de nuestras jóvenes.

Hallábase el venerable anciano ocupado en su lectura, pero al ruido que hicieron al pasar Clara y Emilia, levantó la cabeza, y habiéndolas conocido, las convidó á sentarse á su lado. Hicieronlo ellas muy complacidas, porque gustaban mucho de su conversacion; mas el buen cura no las detuvo mucho tiempo sentadas, queriendo absolutamente acompañarlas en su paseo. Ellas aceptaron gustosas el honor de su compañía, y se internaron en el campo muy contentas, pues lejos de ser el buen cura un testigo importuno y severo, se prestaba con la mayor amabilidad á la inocente alegría de las dos jóvenes.

El paseo pareció muy agradable á los tres; pero era tarde, y ya trataban de separarse, cuando á la entrada de una senda trillada, reparó Emilia en una joven aldeana, que sentada sobre la yerba, parecia absorta en una triste meditacion. Su aire de inocencia y su ademan melancólico, llamaron la atencion de las dos amigas, y el cura habiéndola conocido, se adelantó hácia ella.

Al ruido de sus pasos levantó la joven sus llorosos ojos, y descubriendo al cura, se puso en pié, y le hizo una sencilla cortesía.

— ¿Cómo está tu madre, Anita? le preguntó el cura. Ya hace tiempo que no has venido á mi casa, y esto me ha hecho pensar que vuestra suerte se habrá mejorado.

Al oír esto, las lágrimas corrieron por las mejillas de la pobre Anita.

— ¡Cuánto se ha engañado Vd., señor cura! respondió la afligida muchacha. Mi madre está muy mala, y el médico acaba de abandonarnos nuevamente. Sola y sin recursos corria desesperada á echarme á los piés de Vd., esperando algun consuelo de su virtuoso corazón, en un momento en que abandonada de todos, iba á ver espirar de necesidad á mi pobre madre...

Los sollozos le cortaron la palabra, y se cubrió el rostro con el delantal.

— ¡Pobre muchacha! exclamó el cura compadecido. ¿Con que os ha abandonado el médico? Creí que mis exhortaciones hubiesen hecho mas impresion en el pecho de ese hombre insensible. ¿Pero por qué no has venido antes á buscarme, hija mia? Yo te hubiera evitado esta afliccion. Toma, vuelve al momento á cuidar de tu madre, que yo me encargo de llevaros otro médico.

El cura puso en la mano de Anita un franco, y se despidió de Clara y Emilia, marchándose apresurado para cumplir un deber tan grato á su corazón. Anita iba tambien á tomar el camino de su casa, pero las dos jóvenes la detuvieron cariñosamente, la hicieron sentar entre las dos, y le manifestaron todo el interés que su suerte les inspiraba. Emilia con su gracia acostumbrada, puso en su mano un escudo, y Clara con la mayor dulzura la rogó que les contase el motivo de sus lágrimas.

Anita las dió gracias por su interés, y dijo de este modo:

« — No hace medio año que era yo la mas feliz de las criaturas. Vivía contenta en mi choza con la mejor de las madres, y mi trabajo y el suyo nos daba de comer con abundancia. Mi madre era muy económica, y con sus ahorros llegó á juntar una suma bastante considerable, y todos los días me decia:

« — Anita, mira, este dinero le guardo para tí. Pronto cumplirás diez y ocho años, y quiero casarte, para que seas feliz con un buen marido. Con este dinero haré tu ajuar, y todo lo necesario para que vivas cómodamente, y tu madre morirá contenta, cuando te vea bien establecida.

« Yo corria á abrazarla, y la juraba no separarme nunca de su lado. Sin embargo, mi corazón ya no era mío. Yo amaba á Colás, y era correspondida por él con la mayor ternura. Bien persuadida de que mi madre solo queria mi felicidad, corrimos un día los dos á arrojarnos á sus piés, y le manifestamos, que no podríamos vivir el uno sin el otro. Mi madre nos abrazó llorando de alegría, y nos prometió casarnos dentro de un año. Colás era pobre, pero tambien era joven, robusto, y podia trabajando ganar lo necesario á nuestros cortos deseos.

« Mi madre empleó la suma, fruto de su economía, como me habia prometido, y yo veía llegar la época de nuestro enlace ocupada en mis galas, y dirigida en tan agradable tarea por la mejor de las madres. ¡Qué dichosa me consideraba! ¡Y cuántas veces sentada entre mi amante y mi madre formábamos planes para nuestra futura felicidad!

« El invierno se acercaba, y ya estábamos en vispe-

ras de ser dichosos, cuando mi madre cayó gravemente enferma de reumatismo. Llamamos al médico, que despues de haberla examinado, nos aseguró que era larga la enfermedad, y que la estacion tan rigurosa la hacia mas temible y delicada. Consternada al oír esto, no perdoné gastó alguno para procurar el alivio de mi buena madre, mas la enfermedad hacia cada día nuevos progresos, los recursos se agotaban, y el médico persuadido de la poca utilidad que podria sacar de unas gentes tan pobres, nos abandonó con la mayor inhumanidad. Colás, testigo de mi desesperacion, corrió á buscar á nuestro buen cura, quien compadecido de nuestra triste suerte, nos proporcionó algunos socorros, reprendió al médico por su avaricia, y le exhortó á cuidar de mi pobre madre, por solo Dios, que jamás deja sin recompensa la caridad. Sus santos consejos hicieron alguna impresion en su pecho, y volvió á visitar á la pobre enferma, que postrada en fuerza de sus agudos dolores, sufría sus males, con una paciencia verdaderamente ejemplar. Sin embargo, mi madre no logró ningun alivio, y nuestra pobreza se aumentaba cada día.

« Desesperada y afligida me hallaba un día á la puerta de mi choza, entregada á mis melancólicas cavilaciones, mientras que mi madre, suspendidos un breve instante sus dolores, dormía con un sueño penoso é interrumpido. En aquel momento llegó Colás á la puerta, y observando mi llanto, se sentó junto á mí, y me preguntó la causa de él.

« — ¡Qué quieres que haga sino llorar! le respondí, tú estás viendo nuestra triste situacion, y no puedes remediarla. Nuestro buen cura se halla ausente, y los vecinos que son tan pobres como nosotros, ya no pueden socorrernos por mas tiempo. La continua asistencia que mi madre necesita, me impide trabajar, y ya no me queda otro recurso para no perecer, que el de vender mi ropa y mis alhajas, que yo con tanto cuidado guardaba para el día de nuestra mútua felicidad, que ya nunca llegará. ¡Desgraciada de mí! este es el único medio que me resta para que mi pobre madre no perezca de miseria!

« Al concluir estas palabras, me cubrí el rostro con mis manos para ocultar el llanto; pero Colás con un tono muy firme me contestó:

« — Muy bien pensado, Anita. Tú eres una buena hija, y no podías dejar de obrar como tal, pagando de este modo lo que tu buena madre ha hecho por tí. Dios nunca deja sin recompensa la virtud, y cuando llegue el día de nuestro enlace, si no tenemos galas, no por eso dejaremos de ser felices. Gozarás la dulce satisfaccion de una conciencia pura, y poseerás el amor constante de tu Colás. ¿Dime, querida mia, no serás muy dichosa?

« ¡Cuánto poder tiene el acento del objeto amado! Al oír estas palabras me avergonzé de mis lágrimas, dime prisa en enjugarlas, y supliqué á mi amante que no se separase de la choza. Corrí á buscar mi ropa, y haciendo un lío de la mejor, me encaminé á la capital con una satisfaccion tan grande, que hacia palpitar mi corazón. Entré en casa de una costurera que yo conocia, y en pocos momentos vendí cuanto llevaba. De vuelta á mi casa encontré á mi madre bastante aliviada, en conversacion con Colás, que estaba sentado á la cabecera de su lecho. Mi madre, al verme entrar, me dijo:

« — ¿Hija mia, dónde has estado? Colás no ha querido decírmelo, mas yo quiero saberlo todo.

« Yo corrí á abrazarla, y se lo descubrí todo. Mi madre lloró, me estrechó en su pecho, llamándome su buena hija, y por último me prohibió vender mi ropa, añadiendo: « Dios no nos abandonará. »

« Mas ¡ay! de allí á pocos días mi madre recayó en su languidez, y sus dolores se aumentaron. Yo fui poco á poco desprendiéndome de toda mi ropa, para que no careciese de nada, y para contentar la codicia del inhumano médico, procurando ocultarlo á mi madre para no afligir su maternal corazón.

« Mis recursos se agotaron del todo, y la enfermedad se agravaba. Arrojáme á los piés del médico, y descubriéndole mi miseria extrema, le supliqué llorando no nos abandonase; pero él me miró con gesto desdenoso, asegurándome que su corazón era muy compasivo, y de allí á algunos días desapareció enteramente.

« Considerad, mis buenas señoras, cuál seria mi dolor. Desesperada y sin saber qué hacer, salí de mi casa resuelta á buscar á nuestro digno cura, que era el único de quien esperaba socorro. Lo demás ya lo sabeis, el cielo se ha compadecido de mí y me ha proporcionado la fortuna de hallar corazones sensibles á mis infinitas penas. »

Así concluyó Anita su relacion, y Clara y Emilia, enteronezadas, la llenaron de caricias y elogiaron su buen corazón. Clara propuso á su amiga el acompañar á Anita á su casa y visitar á su pobre madre, bien persuadida de que sus madres disculparian su tardanza cuando supieran el motivo. Este pensamiento fué aprobado, é inmediatamente se pusieron en marcha las dos jóvenes asidas de la mano de Anita, á quien hicieron mil preguntas por el camino.

Llegadas á la cabaña, Anita corrió á contar á su madre cuanto le habia sucedido, y le presentó á las dos jóvenes, elogiando con sencilla gratitud su caridad y compasivos corazones. La pobre enferma lloró de alegría y las colmó de bendiciones, como tambien al virtuoso y digno cura.

Las dos amigas enternecidas, prometieron interesar á sus madres en su favor; y Clara, acercándose al le-



cho de la enferma, le apretó la mano, diciéndole con acento conmovido :

— Consuélese Vd., pues ya no sufrirá mas los horrores de la miseria. Le prometo á Vd. no abandonarla, como tampoco á su virtuosa hija.

Al concluir estas palabras, salió de la choza para ocultar su llanto. Emilia la siguió, y partieron ambas acompañadas de las bendiciones de Anita y de su madre.

Cuando llegaron á su casa, cada cual corrió á buscar á la suya. Clara contó el suceso á la baronesa con tanta expresion, que enternecida esta prometió á su hija mejorar la desgraciada suerte de aquellas infelices.

— No, no, mamá mia, exclamó Clara con viveza, no es esto lo que os pido. Ya conozco vuestro buen corazon, y sé tambien cuántas cantidades destinais cada año al alivio de los desgraciados; pero yo nada he hecho aun por ellos. Ahora que por vuestra bondad me veo dueña de una suma bastante considerable, permitid que la emplee en aliviar la miseria de Anita y de su madre, y que imitando el ejemplo que me dáis, me proporcione una felicidad, que sin duda no me dará el adorno mas brillante. Si, mi querida mamá, nada me importa que todas se presenten en el baile mas elegantes que yo, cuando pienso que está en mi mano la felicidad de aquellas pobres gentes.

La baronesa enternecida, abrazó á Clara y le dijo :  
— Tus palabras me encantan, hija querida. Si, emplea ese dinero como deseas, que no seré yo nunca quien te impida el gozar de esa pura satisfaccion que nos proporciona la caridad; y para que tengas la libertad de ocuparte en una obra tan bella, yo me encargaré de tu adorno. Te prometó que será sencillo, para que su poco valor aumente la delicia que sentirás al pensar en la felicidad que gozarán los objetos de tu caridad.

— ¡Ah! mamá mia, qué dichosa me haceis. ¿Con que podré ocuparme en realizar los planes que yo he formado? Sin embargo, todavía me falta pedir os otra gracia que llenará la medida de vuestras bondades. He destinado la cantidad que poseo para el casamiento de Anita, mas para eso es necesario que hagais algo en favor de su pobre madre.

— Con mucho gusto, hija mia, completaré la obra. Desde ahora le señalo cuatro reales diarios, mientras dure su enfermedad. ¿Es esto lo que quierdes?

Clara se arrojó en los brazos de su madre, y llenándola de besos y caricias le dió las gracias por sus bondades. Retirada á su habitacion, se entregó á las mas dulces reflexiones, y en sueños vió á Anita engalanada y conducida por ella al altar. Al dia siguiente, con el permiso de su mamá, escribió una carta al venerable cura, protector de Anita, suplicándole viniese á verla aquella misma mañana.

El buen anciano, siempre amable y complaciente, no se hizo aguardar mucho, y llegando á casa de la baronesa, se le hizo pasar á un gabinete, donde le aguardaban Clara y su madre con impaciencia. La baronesa le hizo sentar, y despues de haberle dado las gracias por su puntualidad, le comunicó las intenciones de su hija respecto de Anita, y concluyó pidiéndole informes de esta muchacha y de su madre. Clara, con una alegría inexplicable, oyó al venerable cura hacer de ellas los mayores elogios. Dijo que Anita era una niña muy virtuosa, de un corazon excelente, y educada por su buena madre en el santo temor de Dios. Colás era tambien un muchacho honrado y trabajador, que cuidaba á su anciano padre con un esmero y una ternura verdaderamente ejemplar; y despues, volviéndose hacia Clara, la dijo con dulzura :

— Deje Vd., señorita, que la felicite por tan bella obra. Va Vd. á llenar el ministerio de Dios sobre la tierra, y los ojos de este Señor se detendrán complacidos sobre una criatura que prefiere los puros goces de la beneficencia, al efimero placer de brillar un momento. ¡Ojalá todas imiten el ejemplo que Vd. les dá!

Al concluir estas palabras, el cura dejó caer algunas lágrimas de enternecimiento, y Clara conmovida tambien y llena de rubor, se arrojó en los brazos de su feliz madre que la estrechó amorosamente en su pecho.

El venerable anciano, testigo de aquella escena, exhortó á Clara á seguir imitando el ejemplo de su virtuosa madre, que siempre habia sido el modelo de la caridad cristiana, y despues de haberlas colmado de bendiciones, se despidió, prometiendo volver á informarse de la feliz suerte que les aguardaba.

Luego que el cura hubo salido, Clara se dió prisa en buscar á Emilia para comunicarle sus proyectos, mas no pudo verla en toda la mañana, por haber salido con su madre. Esperó la tarde con impaciencia, y llegada la hora del paseo, suplicó á su aya que la acompañase, y pasó á casa de madama de Vertel, mas ¿cuál fué su admiracion cuando entrando en el cuarto de Emilia la halló rodeada de las telas mas preciosas, y sentada junto á dos costureras que trabajaban con afán? Clara se acercó á ella y la dijo :

— Mucho siento el hallarte tan ocupada, pues venia para que me acompañases á la cabaña de Anita.

— Imposible, querida mia, le contestó Emilia, esta mañana he salido con mamá, que me ha obligado á comprar todo esto que ves. Se halla tan ocupada en mis galas, que la disgustaria, si tratase de marcharme. Sin embargo, no creas que me he olvidado de Anita, pues le he hablado de ella á mamá, y he obtenido dos lises que tú te encargarás de llevarle.

En aquel momento entró madama de Vertel, y habiendo visto á Clara se dió prisa á enseñarle cuanto ha-

bia comprado para su hija Emilia. Clara elogió su buen gusto en el adorno de su hija, pero observando que se hacia tarde se despidió de ambas, y tomó el camino de la pobre choza suspirando al pensar en que Emilia no participaria de la dulce satisfaccion de que iba á gozar.

Anita le salió al encuentro y la anunció llena de alegría, que el buen cura les habia llevado otro medico, y que este encontrando á su madre bastante aliviada, les habia dado grandes esperanzas de un pronto restablecimiento. Clara la felicitó por tan agradable noticia, y entrando en la cabaña les anunció con un tono de voz dulce y conmovido la mudanza que Dios habia hecho en su suerte, valiéndose de su mano. Al oírlo, cayó Anita de rodillas y tomando una de sus manos la cubrió de besos y de lágrimas, y la pobre madre enferma alargando sus brazos hacia ella, la bendijo mil veces con toda la expresion de la gratitud.

¿Quién podrá pintar el placer puro que experimentó! Lágrimas de ternura corrian por sus mejillas, pero aquellas lágrimas, don precioso de la sensibilidad, eran la expresion de una felicidad que hacia palpitar su corazon con la mas suave alegría.

Pasado aquel primer transporte, y cuando aquellas buenas gentes hubieron apurado todas las expresiones de su sincero agradecimiento, Anita acordándose de su amante pidió permiso á Clara para ir á participarle el fin de sus desgracias. Clara no quiso retardarla este placer, y Anita salió como un rayo de la choza, prometiendo hallarse muy pronto de vuelta. En efecto, de allí á un cuarto de hora se la vió llegar acompañada de Colás, quien acercándose á Clara, puso una rodilla en tierra, y en esta postura le manifestó su gratitud con aquella expresion propia de un corazon honrado y sencillo. Anita detrás de él juntaba las manos y llorando exclamaba : ¡Qué ángel!

— ¿Cómo pagaremos tan grandes beneficios?

— Con vuestra amistad y cariño, querida Anita, respondió Clara. No hablemos de esto, amigos míos, bastante pagada me hallo con el placer que siento al contemplar vuestra alegría. Vamos á ocuparnos de vuestra felicidad, Anita; pues yo misma quiero conducirlos al altar apenas la enfermedad de vuestra madre lo permita. Sé que sois una jóven juiciosa, y por lo mismo no tengo dificultad en confiaros esta cantidad que destino para vuestra ropa y galas de boda. Esta mañana he hecho avisar á mi modista, y esta es una mujer honrada, os dirigirá en las compras que habeis de hacer, para que la cantidad se invierta en cosas de provecho y propias de vuestro estado.

¿Cómo expresar la admiracion y alegría de Anita al oír estas palabras! faltábale expresiones para manifestar lo que sentia; pero Clara que conocia todo el exceso de su agradecimiento, interrumpió los elogios de que á porfia se la colmaba; y con el fin de proporcionar un desahogo á sus corazones se dió prisa en despedirse despues de haber advertido á Anita, que vendria todas las tardes á ayudarla á coser su ropa de boda.

En efecto, Clara cumplió su palabra : y todas las tardes esperaba con impaciencia la hora de marchar á la cabaña de Anita. Allí sentada en medio de aquellas buenas gentes, que le debian su felicidad, se ocupaba en arreglar las galas nupciales de la gozosa Anita; mientras que su amante, participando de su contento, animaba la conversacion con los inocentes chistes que le inspiraba su buen humor. La madre, casi restablecida, á beneficio de un buen régimen y de un alimento sano, las entretenia contándolas historias agradables á par de sencillas. La mas pura alegría reinaba bajo aquel humilde techo, y Clara gozaba la incomparable satisfaccion de poder decirse que todo era obra suya.

En tanto que esto sucedia ¿en qué se ocupaba Emilia? En recorrer con su madre las lujosas tiendas de Paris todo el dia, y rodeada de los objetos mas propios para deslumbrar á una niña de su edad, olvidaba enteramente la cabaña de Anita. Sin embargo, muchas veces preguntaba por Clara, y se quejaba de su ausencia; pero al momento la ocurría la idea de que se hallaria ocupada en su traje, y el deseo que no la aventajase volvía á apoderarse de su imaginacion. Dejémosla tan agradablemente empleada, y volvamos á Clara, que no lo estaba menos por su parte.

Una tarde que se hallaban ya bastante cansadas de su labor, propuso Clara á Anita, el dar un paseo antes de retirarse á su casa. Anita aprovechó con ansia la ocasion de complacer á su bienhechora, y dijo á su amante que quedase allí hasta su vuelta acompañando á su madre. Las dos jóvenes seguidas del aya, se internaron en el campo, hablando de sus proyectos futuros, cuando al volver una colina, descubrió Clara una graciosa quinta al pié de una alameda, cuya situacion pintoresca le agradó sobremanera. El edificio era hermoso, y se hallaba circuido de árboles, que, crecidos en agradable desórden ofrecian una grata perspectiva. A espaldas de la casa habia un jardin espacioso y bien cultivado, por entre cuyas verjas se descubrian árboles frondosos y flores de todas especies.

La situacion romancesca de aquella quinta agradó mucho á Clara, y deseando saber á quién pertenecia se lo preguntó á Anita.

— Esta quinta era de una señora llamada madama de S... respondió Anita. Poseia esta señora muchas riquezas; pero era naturalmente poco caritativa, y de un carácter colérico y hurano. Los pobres nunca se atrevian á llegar á su puerta, porque sabian que se

les despediria con aspereza por los criados tan poco humanos como su señora, que era generalmente poco amada. Sin embargo, al mismo tiempo que desatendia los clamores de los desgraciados, no perdonaba gasto alguno para contentar sus caprichos. Adornó esta quinta con cuanto ha inventado el lujo, y vivia en ella todo el año enteramente separada del trato de las gentes.

— ¡Válgame Dios! exclamó Clara, y qué retrato tan feo acabais de hacerme. ¿Cómo, siendo tan rica, podia privarse de la felicidad que nos proporciona el aliviar las penas de nuestros semejantes? Pero decidme, querida mia, ¿qué ha sido de esa señora?

(Se continuará.)

## El comercio del oro y la plata.

En ninguna época de la historia han tenido la importancia que hoy, el comercio del oro y la plata y las operaciones en metales preciosos. En el siglo XVI, en aquella afortunada edad en que España despues del descubrimiento de América se lisonjaba de ser bastante rica para comprar el mundo, seguramente abundó el oro en España y pudo esparcirse un poco por el continente europeo; pero las relaciones entre los pueblos eran sobrado dificultosas y poco frecuentes para que el oro y la plata pudiesen obtener la universal influencia que hoy poseen.

En la actualidad los miles de millones procedentes de la California, de Australia, de Méjico y de Rusia, apenas entran en la circulacion se diseminan en todos los mercados del universo, que todos son solidarios unos de otros y forman parte así en la riqueza de todos los pueblos.

Bajo este concepto, las cuestiones referentes al tratamiento de los metales preciosos y á las operaciones que constituyen el mercado del oro y la plata ofrecen verdadera importancia y un interés ligado con nuestra existencia.

A estas miras de utilidad general respondemos hoy ofreciendo á nuestros lectores las dos primeras vistas del vasto y hermoso establecimiento de M. Quiquandon, hijo, que al propio tiempo que autoriza su publicacion, nos suministra datos tan interesantes como instructivos sobre el laboreo de las minas de oro y plata en América.

El dueño de esa gran fundicion que explota minas de plata en América, se halla en posicion de darnos noticias exactas y precisas sobre todo lo referente al laboreo de minas, como á la industria de los metales preciosos, y quizá en otra ocasion podremos reproducir grabados que representan esas curiosas operaciones, así como en esta primera serie daremos idea de los trabajos que conciernen á la amalgamacion y lavado de las cenizas, la fundicion del oro y la plata y el ensayo de la liga y purificacion.

Todas estas operaciones interesan mucho á los principales comerciantes, en medio del desenvolvimiento creciente del comercio internacional.

Por ejemplo, muchos negociantes que residen en Méjico y que envian fondos á Europa, á Inglaterra ó á Francia, no han recibido hasta hoy datos exactos y precisos sobre las ventajas que podrian obtener de sus materias de oro y plata, así como del mineral de esos mismos metales.

Creemos pues, prestar un buen servicio á esos negociantes, no menos que á los de los demás países y á todo el comercio interesado en el asunto, anunciando aquí que M. Quiquandon, hijo, establecido en la calle Aubry-le-Boucher, número 10, ha fundado en Paris en 1836, una casa especial que se ocupa exclusivamente de minerales, de la fundicion, el ensayo y purificacion, así como de la banca y comision de las materias de oro y plata.

Su vasta y hermosa fábrica, así como sus laboratorios modelos, le han valido desde hace algunos años una inmensa clientela, tanto por la exactitud y precision de sus ensayos, como por su modo de fundir y purificar los metales de oro y plata.

Además, esta casa posee otra fábrica especial agregada á su establecimiento, y fundada en grande escala, para fundir el mineral que la envian de los diferentes puntos de América, y esas condiciones de excelente instalacion la ponen en estado de ejecutar todas las operaciones que acabamos de enumerar, á los precios mas ventajosos. Esos nuevos procedimientos tan rápidos como económicos, son ya bien apreciados por el alto comercio, que encuentra igualmente en M. Quiquandon, un medio para abrir operaciones de banca, de comision y de consignaciones sobre esas materias de oro y de mineral.

En los siguientes artículos diremos dos palabras sobre esas diversas operaciones.

F. F.

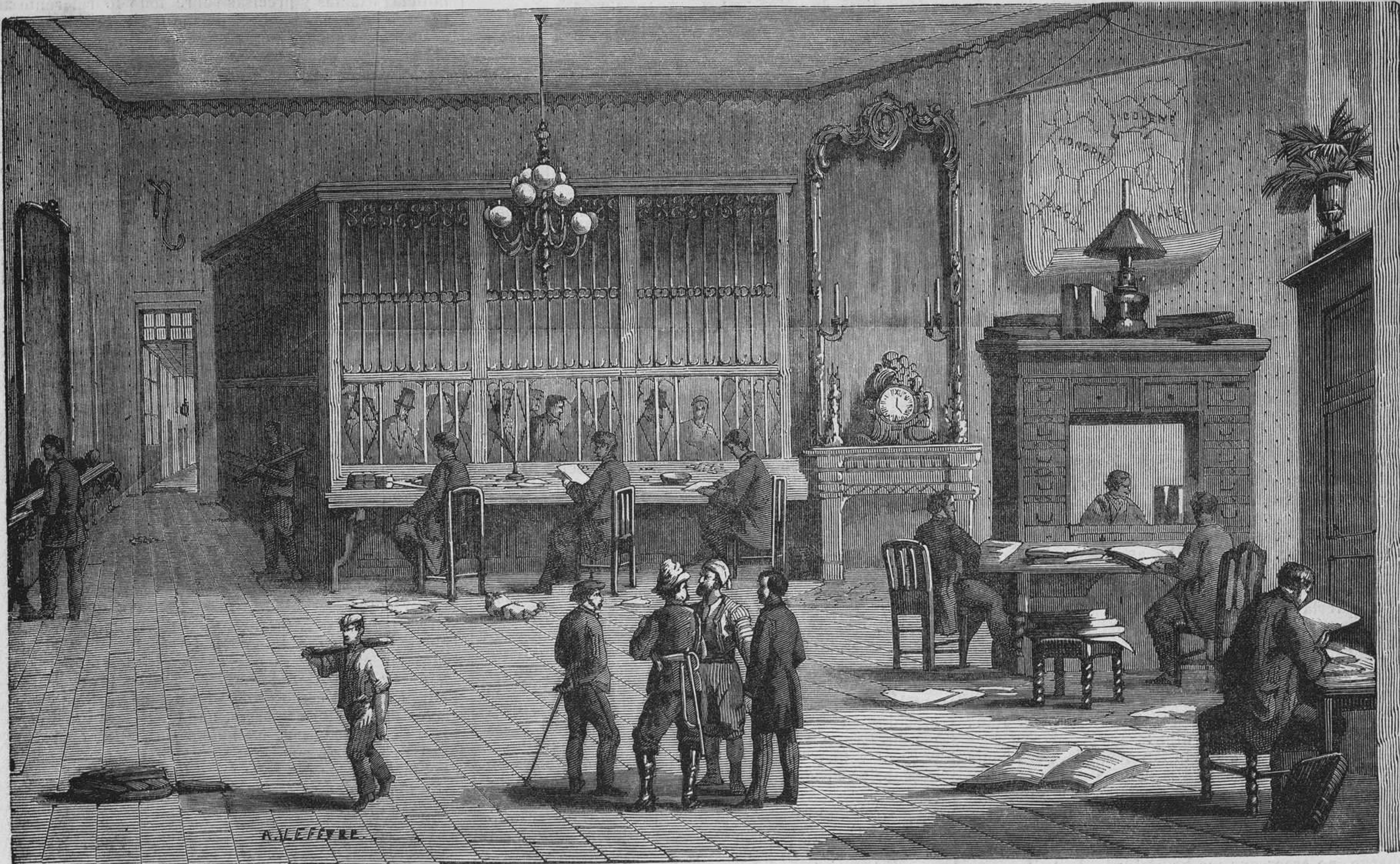
(Se continuará.)





GRANDES INDUSTRIAS PARISIENSES. — Fundicion de oro y de plata; casa Quiquandon, hijo, 10, rue Aubry-le-Boucher, Paris.

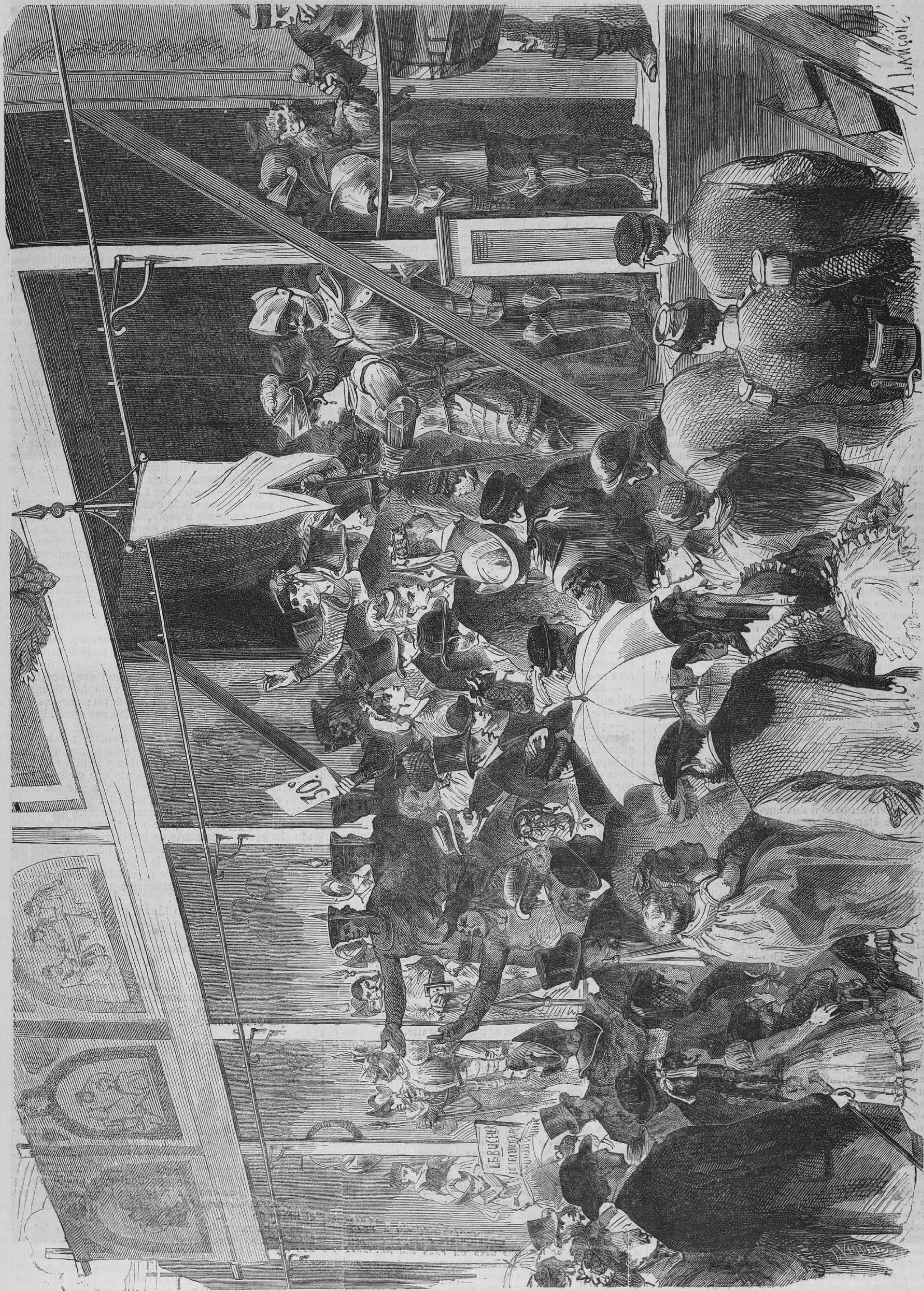
VISTA EXTERIOR DEL ESTABLECIMIENTO.



Oficinas y caja de la casa Quiquandon, hijo, 10, rue Aubry-le-Boucher, Paris.

(Se continuará la publicacion de estos grabados en los números siguientes. — Véase el artículo página 227).





LAS FIESTAS DE LAS CERCANIAS DE PARIS. — La entrada de un teatro de feria.



## ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,028).

Pero no debe creerse que al autorizar á Lionel para que fuera á buscar de su parte á Waife, ó al dejar traslucir lo que podria pasar entre él y Waife, si este último consentia en volver á la antigua casa señorial de donde habia sido expulsado con tanto desprecio, hubiera Darrell modificado ni pensado en modificar por nada del mundo su resolucion contraria á un enlace entre Lionel y Sofia. Es cierto que Lionel le habia inducido á decir:

«— Si llegara á quedar probado de un modo incontestable que ni una gota de sangre de Jasper Losely corre por las venas de esa jóven, y que esa jóven es la hija legitima de una gente honrada, aunque sea de la clase mas humilde, cesará mi derecho de interponerme entre ella y vos.»

Pero la experiencia de un legista es menos crédula que la esperanza de un amante. En la opinion de Darrell era completamente improbable que una gente honrada, aun de la clase mas humilde, hubiera cedido su hija á un bribon como Jasper; siendo por el contrario muy probable, segun su propia conviccion, que Sofia fuera la hija de Jasper, aunque no fuera la hija de Matilde.

Era de noche. Jorge y Darrell conversaban juntos en la biblioteca; naturalmente el objeto de su conversacion era Waife. Darrell escuchaba con vivo interés el retrato que hacia Jorge de aquel anciano tan dulce, de un humor tan jovial, y que sin embargo tenia rasgos de poética imaginacion y de viva inteligencia. Pero cuando Jorge empezó á hablar del carácter amable y seductor de Sofia, cuando se aventuró, aunque con mucha prudencia á abogar en favor de la jóven, apelando á su conciencia y á la bondad de su corazón, el orgulloso gentleman frunció el ceño y tomó un aire tan imponente que dió á conocer su disgusto.

Afortunadamente en el momento en que palabras mas expresivas podian haber interpuesto la frialdad entre aquellos dos hombres, tan dispuestos sin embargo á estimarse mutuamente, se oyó el ruido de un carruaje sobre el piso helado, y la vibracion aguda de la campanilla de la puerta del vestibulo.

## V.

Apoyándose muy débilmente en el brazo de Lionel, pero con mucha fuerza en su baston, Waife traspasó el umbral de la casa. Jorge se apresuró á salirle al encuentro para darle la bienvenida. El anciano miró al predicador con mirada casi confusa, y Jorge observó que sus mejillas estaban encendidas. Waife atravesó lentamente la sala apoyado en su baston, entre Jorge y Lionel. Un paso ó dos mas y se encontraria en presencia de Darrell. El amo de la casa se adelantó. ¿Acaso para ofrecerle su brazo ó darle la mano? No; semejante acogida hubiera sido en Darrell una politica vulgar. Cuando la mirada del anciano se fijó en la suya, el orgulloso gentleman le saludó profundamente; le saludó como se saluda á los reyes.

Cuando entraron en la biblioteca, Darrell hizo una señal á Jorge y á Lionel. Ambos le comprendieron, saludaron y los dejaron solos.

Lionel llevó á Jorge al antiguo comedor.

— Experimento una gran inquietud por nuestro amigo, dijo con voz trémula. Temó no haber considerado bien su edad y su sensibilidad exquisita, y que tanto por la impresion que ha producido en él nuestra última entrevista como por la fatiga del viaje este demasiado debil. Cuando nos hallábamos á la mitad del camino, aprovechándome de la circunstancia de ir solos en un coche, tuve la imprudencia de hablarle sobre el asunto que nos preocupa, lo que produjo en él un acceso nervioso de risa y llanto. Quise que nos detuviéramos en la mas próxima estacion; pero no tardó en volver en sí, é insistió en que prosiguiéramos nuestro viaje. Sin embargo, cuando nos aproximáramos á Fawley, despues de haber murmurado, hablando consigo mismo, algunas palabras ininteligibles para mí, cayó en un estado de estupor ó de letargo, del cual pude apenas sacarle cuando entró en el parque.

— ¡Pobre anciano! dijo Jorge enternecido. Sin duda le han abatido por el momento esa serie de vivas emociones que ha experimentado recientemente. Ahora va á llevar el golpe mas terrible; despues de esa entrevista con Darrell recobrará la calma del espíritu y del corazón. El descanso y nuestros cuidados le restablecerán completamente. Pero referidme lo que ha mediado entre vosotros. ¿Se demuestra muy descontento por no haber podido consentir yo que hombres como vos, mi tío Alban y Guy Darrell, considerasen en él un ladron?

Lionel empezó su relacion, pero casi en el mismo

momento oyeron á Darrell pidiendo socorro á grandes gritos, y la campanilla de la biblioteca que se agitaba violentamente.

Los dos jóvenes se dirigieron precipitadamente á la biblioteca: lo que Lionel temia se habia verificado. Waife atacado por una violenta convulsion, habia caído sin movimiento, medio tendido en el suelo y en los brazos de Darrell; indudablemente no tenia conciencia de lo que pasaba en torno suyo. Sus ojos estaban abiertos, pero fijos y vidriosos. Inmediatamente se dió á uno de los criados que habian acudido la órden de ir á buscar al médico mas próximo.

— Jorge, Lionel, dijo Darrell, ayudadme á trasportarle al piso principal. Mills, alumbradnos.

Mills preguntó en el descanso de la escalera.

— ¿Qué habitacion abro, señor?

Darrell vaciló un momento; despues brilló un relámpago en sus ojos y respondió:

— ¡La habitacion de mi padre! ¡Descansará sobre el lecho de mi padre!

Cuando llegó el médico declaró que Waife estaba amenazado de un ataque cerebral y recetó remedios prontos y energicos que Darrell antes de su llegada le habia aplicado en parte por sí mismo, porque entregado á una gran variedad de estudios y de experiencias no ignoraba los elementos del arte de curar.

— Si yo estuviera en la situacion de mi huésped, preguntó Darrell al médico, ¿que hariais?

— Llamaria al instante por el telegrafo al doctor F.

— ¿Oís, Lionel? Coged mi caballo y os llevará como el viento á... Es la estacion mas próxima del telegrafo.

Darrell no abandonó la cabecera del enfermo en toda la noche. El doctor F. no llegó hasta la mañana siguiente. Aprobó todo lo que se habia hecho, aunque modificando el tratamiento, y despues de pasar algunas horas en la casa dijo á Darrell:

— Me veo en la precision de dejaros hoy. Por otra parte la prolongacion de mi presencia aqui seria inútil. He ayudado á la naturaleza; es necesario dejar ahora que la naturaleza haga lo demás. Esa fiebre y esos terribles espasmos no son mas que los esfuerzos de la naturaleza para desechar el mal. El éxito depende ahora de las fuerzas que conserve el enfermo. Afortunadamente su naturaleza es robusta sin ser pletórica. ¿Sabeis cuáles son sus hábitos?

— Yo lo sé, respondió Jorge: una gran temperancia, costumbres puras...

— Entonces con cuidados constantes y una ejecucion minuciosa de mis prescripciones podrá restablecerse.

— Si las atenciones y los cuidados pueden salvar la vida de mi huésped, no morirá, dijo Darrell.

El médico observó la palidez del que le hablaba y la contraccion de sus labios.

— Pero, M. Darrell, yo no quiero que vos tambien necesiteis de mis auxilios. Es preciso que no paseis otra noche en vela.

— Es cierto, dijo Jorge, yo velaré solo á la cabecera del enfermo.

— No, exclamó Lionel, este es tambien mi puesto.

— ¡Bah! dijo Darrell, los jóvenes ven, desde muy lejos, la muerte para espiar sus ataques con tanta vigilancia como los hombres de mi edad que la han visto bajo todos sus aspectos. Es un cobarde el que deserta de la alcoba de su huésped enfermo. No temais por mí, doctor; no hay un hombre que tenga menos necesidad de sueño que yo.

El doctor F. cogió la mano de Darrell.

— Irregular, precipitado, dijo; ¡pero qué vitalidad! ¡qué fuerza!... Es el pulso de un jóven. M. Darrell, estas pulsaciones os garantizan todavia una largo serie de años para consagrarlos al servicio de vuestro país.

Darrell exhaló su habitual suspiro y dirigiendo una mirada al lecho de Waife, preguntó al doctor F.

— ¿Cuándo volveréis?

— Pasado mañana.

Cuando volvió el médico Waife estaba fuera de un peligro inmediato. La naturaleza habia ahuyentado por algun tiempo al menos á su enemigo; pero aquel ataque habia debilitado extraordinariamente al anciano. Durante algunos dias, algunas semanas quizá, el vagabundo debia quedar prisionero bajo el techo de Darrell.

Lionel comprendia demasiado la inquietud que debia experimentar Sofia, para dejar de escribir á lady Montfort al otro dia del ataque de Waife.

Pero no se atrevió á manifestar el peligro que ofrecia la enfermedad del anciano; además, con la confianza natural en la juventud, aun cuando todo se presentaba mal, creia que pronto se arreglarian mejor. No quiso comunicar á lady Montfort el estado de Waife ni aun recomendando el secreto, temiendo que Sofia pudiera adivinar algo observando la tristeza que aquella noticia debia inspirar á Carolina. Por lo tanto se contentó con decir que Waife debia permanecer algunos dias con M. Darrell que le queria tener algun tiempo en su compañía tratándole con bondad y consideracion.

Sofia se tranquilizó con aquella noticia que por otra parte la llenó de admiracion entregándola á mil conjeturas. Para ella era un enigma la conducta de Waife que tan obstinadamente se habia negado á aceptar siempre hospitalidad en cualquiera casa, al consentir en permanecer algunos dias en casa del opulento y poderoso pariente de Lionel Haugton. Pero de cualquier modo que fuera aquella intimidad que se habia establecido de pronto entre Waife y Lionel no podia menos de reanimar las esperanzas que la jóven habia

procurado ahuyentar. Y combinando muchos vagos recuerdos de palabras que se habian escapado á Lionel, á lady Montfort y al mismo Waife, que no tenian en cuenta la perspicacia de Sofia, sus ojos empezaron á vislumbrar un rayo de luz. ¿No era M. Darrell aquel pariente de su madre sobre el cual tenia algunos derechos, aunque aun no habian sido reconocidos? ¿Lionel y Waife estaban con aquel pariente! Por entre las nubes que cubrian su porvenir empezaba á abrirse paso un rayo de luz... Y aquella claridad llenaba á Sofia de rubor.

## VI.

Las primeras palabras que pronunció Waife cuando volvió en su sentido, se referian al objeto mas constante de sus pensamientos, á Sofia. La habia prometido volver al dia siguiente lo mas tarde. ¡Cuán grande debia ser su inquietud! Necesitaba levantarse, partir al punto. Las lágrimas se desprendieron de sus ojos cuando conoció que su debilidad no le permitia levantarse. Solo gradualmente y por intervalos, adquirió el conocimiento de la duracion y la violencia de su ataque, llegó á recordar el lugar donde se encontraba, la casa de Darrell; por último reconoció aquel rostro, del cual habia conservado algunas reminiscencias, como las de un sueño, y vió inclinado sobre su cabecera, enjugando el sudor de su frente, y dirigiéndole bondadosas palabras con las mas dulces entonaciones de la mas dulce voz, con semblante consolador, casi fraternal, al hombre que le habia prohibido un dia turbar con su presencia aquella casa tranquila.

Todo lo que habia pasado en aquellos últimos dias fué por último revelado á Waife en una conversacion breve, cariñosa, y sin testigos que tuvo con su huésped; sin embargo, despues de aquella conversacion, su estado empeoró gradualmente; conservaba la cabeza despejada, pero su abatimiento era extremado, y sus fuerzas se debilitaban visiblemente.

Hubo que llamar otra vez á toda prisa al doctor F. Aquel gran médico era lo que debe ser un médico eminente, un profundo filósofo, aunque con sus ligeros modales y el agrado de su conversacion que sabia hacer indiferente, disfrazaba su filosofia á los ojos de sus enfermos, mejor aun que los demás ingredientes de su farmacopea.

Despues de hacer salir á todos de su habitacion, examinó al paciente, reconoció todos sus órganos vitales con el oído y el estetoscopio, hablando con el enfermo, ya de sus padecimientos, ya de las noticias del dia. Despues fué á buscar á Darrell.

— Alguna pena le pesa sobre el corazón, mi querido señor; yo no puedo adivinarlo; ¿podreis adivinarlo vos? Quitadle ese pesar, y el enfermo experimentará alivio. Todo en él es sólido como una roca, á excepcion de su corazón que ha sido horriblemente desgarrado. Algo le atormenta todavia; por sus ojos se puede conocer su estado. Espiad sus ojos... Buscan un rostro á que está acostumbrado.

Darrell mudó de color, volvió á entrar precipitadamente en la alcoba de Waife, y asíó la mano del anciano. Waife contestó á su presion y le dijo:

— Quería veros, porque... siento que me queda poca vida. ¡Ah! señor, no me dejéis morir sin haber dado el último adios á la pobre Sofia.

Darrell salió de la habitacion y encontró en el descanso de la escalera á Jorge y á Lionel. El doctor F. tomaba apresuradamente un refrigerio en la biblioteca para volver á la capital. Darrell puso su mano sobre el hombro de Lionel y le dijo:

— Lionel, es preciso que regreseis á Lóndres con el doctor F. No podeis permanecer aquí mas tiempo. Necesito vuestra habitacion.

— ¿Cómo! señor, dijo Lionel estupefacto. ¿Estando aun enfermo Waife! ¡No podeis ser tan inhumano!

— ¡Desconsiderado, egoista! ¿quereis privar á ese anciano de un ser cuya presencia le es mas querida que la vuestra? Jorge, vos marchareis tambien, pero para volver. Me dijisteis ayer que vuestra esposa ha ido á Lóndres por algunos dias, rogadla que os acompañe aquí, suplicadla que acompañe á la pobre jóven, cuya ausencia causa tanto dolor al anciano... *aquel rostro es el que buscan sus ojos.*

## VII.

Sofia ha llegado. Ya ha traspasado aquel umbral inexorable. Ya ha encontrado hospitalidad en la casa que la ha rechazado como hija. Waife se ha reanimado así que ha visto aquel rostro encantador.

Ya se ha levantado, ya puede hacer ejercicio algunas horas todos los dias, en una habitacion contigua convertida en su gabinete particular, y puede pasear entre las flores con un paso que hace mas ó menos firme la satisfaccion que experimenta al apoyarse en el brazo de Sofia.

Sofia ha relevado á Darrell en la asistencia del enfermo. Ya no entra Darrell en la habitacion de su huésped sin hacerse prevenir; y por ese instinto indefinible que existe en el interior de muchas familias, entre dos corazones mudos, y siguiendo una ley de atraccion ó de repulsion que atrae el uno hácia el otro ó los separa sin que en ningun caso se haya establecido una



regla; en virtud de aquella extraña inteligencia, Sofia no estaba nunca en la habitacion del anciano cuando entraba Darrell.

Por una rara casualidad se encontraban el amo de la casa y la bella jóven en el transcurso del dia: pero Darrell que era un observador sagaz, vió á Sofia lo bastante para formarse una idea del encanto de la jóven, para adivinar la amabilidad natural de su carácter, y experimentar por ella un interés profundo y una compasion mayor por Lionel.

Aislándose todo lo que podia en su habitacion ó en los bosques despojados de hojas, se dejaba llevar por sus pensamientos cada vez mas sombríos. Nada le distraía á excepcion de la flauta ó la conversacion familiar de Fairthorn.

Ya hemos dicho que Fairthorn conocia los secretos de Darrell. Fairthorn habia idolatrado á Carolina Lyndsay. Fairthorn era la única persona á quien Guy Darrell podia hablar de Carolina Lyndsay, á quien podia confesar aquel amor invencible, pero incapaz de perdonar, que le habia hecho huir de la sociedad dos veces.

Pero Fairthorn no lo sabia todo. Darrell no podia hablar de la carta que habia recibido en Malta, ni de la visita que Carolina le habia hecho en Fawley; porque hacer aquella confianza, aun al mismo Fairthorn, hubiera sido una especie de traicion á la dignidad de la persona amada. Guy Darrell, podia quejarse de su inconstancia, de su corazon de hielo; pero jactarse de haberla visto humillada por las palabras que la habia dictado su arrepentimiento... eso no lo podia hacer Guy Darrell, porque era un verdadero gentleman.

Confesaba que creia que Carolina aceptaria su mano; y cuando Fairthorn, que se alegraba de aquel pensamiento, procuraba disculpar á Carolina, Darrell sentia un gran consuelo al dejar estallar su cólera; pero si el flautista cambiaba de opinion y acusaba á Carolina, entonces el pobre Fairthorn se llenaba de terror al ver el rostro desencajado y los labios trémulos de Darrell; se sentia anonadado bajo el peso de sus mismas reconvenciones, y corria á refugiarse en uno de sus escondrijos.

Pero ahora que Darrell tenia que luchar contra otras pruebas encontraba un sosten en Fairthorn. Fairthorn experimentaba un respeto religioso por la pureza de la raza de los Darrells; Fairthorn se estremecia como su mismo amo, solo al pensar que la hija de Jasper Losely, que segun todas las probabilidades no era hija de Matilde Darrell, podia llegar á ser algun dia la señora de aquella casa hereditaria; que la hija de un petardista, de un ladrón, de un asesino, daria sucesion al linaje de caballeros y guerreros, cuyos limpios escudos se ostentaban sobre tumbas góticas y en los pórticos de castillos derruidos; de aquel linaje que descendia de la linea femenina de Ricardo, Corazon de Leon. Darrell, haciendo justicia á la belleza, á la gracia, á la pureza, á la bondad de Sofia, se sentia mas atormentado por la conviccion de que no podria ser nunca la esposa del jóven, que á falta de otro pariente mas próximo debia heredar el nombre de los Darrells.

Por otra parte, los sentimientos que Sofia experimentaba por su huésped eran casi tan amargos y penosos como los suyos. La ternura y el respeto que Darrell habia manifestado al abuelo de la jóven, la tierna gratitud con que hablaba Waife de él, justificaban necesariamente la buena opinion que ella habia concebido por el pariente de Lionel; por otra parte, aunque le veia muy raras veces, cuando la encontraba no le daba el menor motivo de queja por su acogimiento, que aunque reservado y silencioso, era apacible y político, tal como podia esperarse de un huésped amigo de la soledad, con respecto á una señorita demasiado jóven para que sintiera por ella una viva simpatia, pero cuyos deseos hacia que fueran satisfechos de la manera mas delicada.

Sin embargo ¿era esto todo lo que su imaginacion habia osado entrever al penetrar en el interior de aquellos muros sombríos? ¿Era acaso la evidencia del parentesco en que habia soñado? ¿Tenia el menor motivo para pensar que en la casa era algo mas que un mero huésped? ¡Ay! ¿tenia el mas ligero indicio para creerse recomendada por Lionel, y que por el cariño que sentia por su primo la hubiera hecho M. Darrell una buena acogida? ¡Lionel se habia marchado el dia anterior al de su venida! Aquello lo habia sabido accidentalmente por el criado que la habia enseñado su habitacion. ¡Se habia marchado sin dejar una linea para ella, ya para condolerse por la enfermedad de su abuelo, ya para felicitarla porque la enfermedad habia respetado sus dias!

Se sentia profundamente herida. A medida que el progreso del restablecimiento de Waife permitia á Sofia dedicar mas su pensamiento hácia aquellas numerosas causas de perplegidad y de sentimiento, el misterio que cubria todas las circunstancias enlazadas con su propia estancia y la de Waife en aquella casa, burlaba todas sus conjeturas. El anciano no daba ninguna explicacion.

Ella le preguntaba tímidamente; pero el pobre convaléciente estaba aun tan debil, y las preguntas de su nieta le atormentaban tanto, que solo intentó una vez calmar su ansiedad, y tuvo que sonreír como si quedara satisfecha, cuando él la dijo despues de una larga pausa:

— Ten un poco de paciencia, hija mia; deja que recobre algunas fuerzas. Ya ves, M. Darrell no me permitiría en la actualidad hablarle de cosas que de-

bo discutir antes de irme, y entonces... entonces... Ten un poco de paciencia, Sofia.

Ni Jorge ni su esposa le dieron la clave de aquel enigma que absorbía el pensamiento de la jóven. Mrs. Morley era una excelente señora muy amante de su marido, é ignoraba ó fingia ignorar el motivo de la visita de Waife á Fawley; solo sabia de una manera muy vaga que M. Darrell habia ofendido una vez á Waife por una equivocacion, y que estaba interesado por reparar aquel error. Despues abrazó tiernamente á Sofia, diciendola que tanto ella como su abuelo debian esperar dias mas felices. Jorge respondió con mayor autoridad, con la autoridad del sacerdote:

— No preguntéis nada; el tiempo, que aclara todos los misterios, corre veloz, y el cielo dirige su marcha.

Sofia se vió, pues, precisada á encerrar todos sus pensamientos en su corazon, excepto cuando los confiaba, y aquella expansion solo era parcial, á lady Montfort, en las cartas que la dirigia. Carolina habia sabido con viva emocion por la esposa de Jorge, que la gravedad de la enfermedad de Waife habia disminuido considerablemente y que Sofia era esperada en la casa de Darrell. Lady Montfort supondria naturalmente que la conviccion de Darrell empezaba á vacilar, y que modificadas sus resoluciones, buscaba un pretexto para ver á Sofia y juzgarla por si mismo. Carolina al separarse de la jóven con aquella conviccion, la recomendó que la escribiese á menudo y con franqueza.

Aquella correspondencia servia de gran consuelo al corazon de Sofia; pero lady Montfort no era mas comunicativa en sus respuestas que Waife y Jorge y la esposa de este, aunque manifestaba mas interés en que Sofia procurase captarse el afecto del dueño de la casa. Carolina recomendaba á su protegida que procurase traspasar el exterior glacial de Darrell y conocerse mejor, como si fuera una cosa fácil.

Las cartas contenian mas preguntas sobre Darrell que instrucciones y palabras de ánimo á Sofia. Todas las cartas que llegaban á Fawley eran presentadas en un saco al dueño de la casa, y Sofia observó que cuando Darrell leyó el sobre de la primera carta que la dirigió lady Montfort, su rostro palideció y sus labios temblaron.

Desde aquel dia las cartas de la jóven no volvieron á ser encerradas en el saco, sino llevadas aparte, y no fué ya Darrell el que se las entregó.

Así fueron trascurriendo los dias que Sofia pasaba casi enteros en la habitacion del enfermo; este iba reponiéndose visiblemente, Jorge iba con frecuencia á relevar á Sofia. Guy Darrell hacia tambien todos los dias una visita al enfermo, pero nadie era testigo de lo que pasaba entre aquellos dos hombres; Waife insistia entonces en que Sofia fuera á respirar el aire y hacer un poco de ejercicio.

Sofia salia entonces á pasear por las orillas del apacible lago ó en los bosques sombríos. Allí encontraba frecuentemente á Fairthorn, cuya aficion cada vez mayor por la flauta le impelia mas que nunca á la soledad, por habérsele prohibido que se entregase al estudio de su melodioso instrumento en el interior de la casa para no turbar el reposo del enfermo.

Fairthorn y Sofia se hicieron así amigos; al principio los dos demostraron la misma reserva y la misma frialdad; pero gradualmente fue estableciéndose entre ambos cierta cordialidad y franqueza.

Fairthorn tenia una intencion no menos amistosa. El pobre hombre creia que así tendria ocasion de sacar á Sofia algunas revelaciones sobre los primeros años de su vida, revelaciones que arrojarían alguna luz para penetrar el misterio en que su origen estaba envuelto, y que deberia ser desfavorable á sus derechos.

Pero aunque Dick Fairthorn hubiera sido el mas astuto de los diplomáticos, hubiera visto frustrada igualmente su esperanza, porque Sofia nada podia comunicarle. No pudiendo averiguar nada por aquel lado, y movido por una especie de despecho, que podia explicarse á si mismo, Fairthorn se extendia en consideraciones sobre el alto linaje de Darrell.

Dió tormento á la jóven con la extensa relacion genealógica que estuvo á pique de hacer huir en otro tiempo de Fawley á Lionel Houghton; la llevó á la tumba del anticuario, y allí habló de la ambiciosa adolescencia de Darrell, de su virilidad árida y laboriosa, de su resolucion de restaurar su decaida raza y hasta del juramento que habia hecho á su padre. Procuró imbuir á la jóven la idea de que su huésped era un personaje que pertenecia á una familia cuyo honor era todo por él, y que en toda su vida agitada habia tenido otro pensamiento que el de reverenciarla, y conservar limpio su honor.

Al hablar así, su mirada era centelleante, la pobre jóven no podia adivinar la razon; pero comprendia que hablaba con aquella vehemencia por ella. En efecto, Fairthorn estuvo algunas veces á punto de exclamar:

— ¿Y cómo os atreveis á aspirar á ocupar un puesto en este limpio linaje? ¿Cómo osáis creer que los muertos no se levantarán de sus sepulcros para prohibir la entrada en el panteon de los Darrells, á la hija de Jasper Losely?

Pero aunque no podia comprender la razon secreta de aquellos discursos heráldicos, Sofia con su instinto descubria entre las extrañas declamaciones del grotesco genealogista lo que habia verdaderamente patético en la imagen aislada del último descendiente de una antigua familia gradualmente decaida, el cual despues de haberla elevado de nuevo por sus vigor-

osos esfuerzos á tan alto grado de poder y de consideracion, se aproximaba á la vejez con la triste consideracion de que sus esfuerzos solo podian servir para el limite de la duracion de su vida fugitiva y que con todo su oro, con toda su fama, la esperanza que le habia hecho adquirir aquellas riquezas y aquella celebridad no era mas que un sarcasmo; que su nombre y su raza perecerian con él, cuando la tumba se abriera para él al lado de la tumba del anticuario.

Y aquellas revelaciones hacian concebir á Sofia un interés mas dulce y mas tierno hácia Guy Darrell que el que antes experimentaba; porque comprendia la causa de aquella tristeza y aquella imponente altivez que habia considerado antes como una prueba de orgullo.

Mientras Fairthorn y Sofia hacian de aquel modo conocimiento, Darrell y Waife intimaban cada vez mas. Nadie hubiera esperado ciertamente encontrar la menor semejanza de inclinaciones, de inteligencia, de experiencia ó de emociones entre dos hombres cuyo género de vida habia sido tan diverso, y cuyos defectos ó buenas cualidades solo hubieran presentado á un observador ordinario motivos de contraste ó de antagonismo. Indudablemente habia una diferencia muy marcada en sus caracteres; pero, sin embargo, cada uno de ellos encontraba en el otro algo familiar á su propio carácter.

Ambos habian sido víctimas de su corazon; ambos habian sido mártires voluntarios de su afecto. Darrell habia sacrificado su juventud á su padre, á un muerto que nada podia exigirle; Waife se habia sacrificado por un hijo, cuya vida habia llegado á ser su terror.

Para el primero, el nombre habia sido su ídolo, para el segundo habia sido un grano de simiente arrojado en el cieno; el uno, privado de alegría, habia visto desvanecerse su gloria; el otro habia soportado con valor su vergüenza hasta el momento en que se sintió lastimado con el desprecio del mundo; pero existia cierta analogia en su experiencia respectiva de las variedades terrestres.

El triunfante orador no habia encontrado consuelo en los honores del mundo, y el vagabundo habia considerado poco miserable su condicion, mientras su conciencia apelaba en silencio al cielo del juicio de sus semejantes, y así como bajo la ligereza aparente de aquel hombre habia un surco oculto de inteligencia grave y de sentimientos serios, del mismo modo en medio de aquella severidad imponente de carácter que habia lanzado al ambicioso y laborioso Darrell á la celebridad; en medio de aquellos dolores intensos que habia experimentado desde una época tan distante, y que no le permitian considerar el amor bajo otro aspecto que el de la fatalidad; en medio de la altiva reserva de su alma, tenia la facultad de gozar de aquellos sentimientos agradables, que son los rayos del sol de la vida, sensibilidad peculiar á todos los hombres de genio, sea cualquiera la gravedad de sus ocupaciones.

Es cierto que los disgustos pueden llegar á amortiguar esa sensibilidad, como pueden amortiguar todo lo que la naturaleza nos ha concedido desde la cuna; pero en el alma de Darrell, si bien habian hecho perder su encanto á todos los objetos de su ambicion, no habian debilitado el sentimiento de esas simpatias que provocan las sonrisas y de esos pensamientos que provocan las reflexiones tristes ó las lágrimas.

Si Darrell se hubiera encontrado en esas circunstancias que esparcen la alegría en el seno del hogar domestico, el carácter de Darrell hubiera sido jovial; si Waife se hubiera encontrado en esas circunstancias que exaltan el talento y coronan la vida de laureles, Waife hubiera sido un hombre grave.

En las primeras conferencias que tuvieron lugar entre Waife y Darrell, no entraron en la discusion del objeto de la visita del anciano á Fawley. Cuando despues de la llegada de Sofia, Waife, procurando introducir aquel asunto en la conversacion, miró fijamente á Darrell, esforzándose en vano por leer sobre su rostro la impresion que habia producido en él la presencia de la jóven, y procuró de nuevo volver á abogar por su causa, Darrell le detuvo al punto.

— ¡Callad! No hablemos de eso aun; recordad que en el momento de empezar á tratar ese asunto penoso cuando llegásteis aqui, y al comprender desde qué diferente punto de vista lo consideraba cada uno de nosotros, os acometió aquel triste accidente y empezó vuestra enfermedad. Esperad, no solo á que cobreis mas fuerzas, sino tambien á que nos conozcamos mejor el uno al otro. Para tratar de ese asunto necesitamos de toda la firmeza de nuestra razon, de toda la calma que cada cual pueda imponer á los sentimientos que turban el juicio. Ahora hablemos de todo, excepto de aquello que, os lo prometo, será discutido de buena fe lo último.

Sin embargo, Darrell comprendió que el medio mejor de hacer que el anciano no tuviera su pensamiento tan fijo siempre en Sofia, era hacerle entrar en otra corriente donde afluyesen tambien las afecciones, las esperanzas, los temores del anciano. Jorge Morley al referir la conversacion que habia oido por casualidad entre Waife y Jasper, habia procurado naturalmente, sin dejar de disculpar al padre, en dulcificar un poco el cinismo y las bravatas del hijo para hacer resaltar los movimientos de sensibilidad natural que alternaban entre aquel cinismo y aquellas bravatas.

Darrell tenia la suficiente magnanimidad para vencer la repugnancia que le causaba pronunciar un nombre ligado á tan odiosos recuerdos, y para apa-





GUILLERMO MATTA.

rentar deseo de pesar las probabilidades que permitirían arrancar del camino del mal el porvenir de Jasper, evitando todo lo posible las alusiones á su pasado. Con la esperanza de que si consolaba el corazón del anciano respecto de la suerte definitiva del hijo por quien habia hecho tan gran sacrificio, daría á Waife una especie de compensación por el desaliento que experimentaría cuando llegara la discusión de los derechos de Sofia, Darrell entró con su huésped en los detalles de los motivos que le habian impulsado á dar al coronel Morley la misión de buscar á Jasper y de tratar con él.

Casi todos los dias recibia noticias del coronel. Alban no habia descubierto á Jasper, ni habia conseguido saber dónde estaria mistress Crane, pero un agente del coronel que estaba en buenas relaciones con Cutts refirió la visita de despedida de Jasper á aquella guarida de ladrones, de la cual no habia salido sano y salvo, sino triunfante, lo que solo podia servir como un débil consuelo haciendo saber que Jasper habia roto por último con aquellos miserables.

Como Arabela se habia presentado á Alban bajo su primer nombre; como ni Alban ni Darrell sabian el que llevaba entonces, y ninguna pregunta se le habia hecho á Waife sobre el particular durante los primeros dias de su enfermedad, el coronel tardó mucho en descubrir en Mrs. Crane á Mrs. Fosset. Aquel descubrimiento lo habia hecho por conducto de una parienta lejana á quien el coronel habia sido dirigido por las muestras de la famosa escuela de que Arabela habia sido el orgullo.

Pero la casa de Podden Place estaba cerrada, no habia quedado en ella ninguna persona para guardarla. Las casas contiguas no tenian inquilinos; pero el coronel supo por la criada de la casa de enfrente, que algunos dias antes habia entrado en la de Mrs. Crane un hombre alto y vigoroso; que despues no le vió salir, y que al cabo de algunos dias, al tiempo de cerrar la casa de sus amos, vió alejarse de la puerta de Mrs. Crane un carruaje de camino cuyo interior estaba demasiado oscuro para poder distinguir las personas que iban en él; aunque al lado del cochero iba una mujer que, segun la persuasión, era Brígida Greggs, la criada de Mrs. Crane.

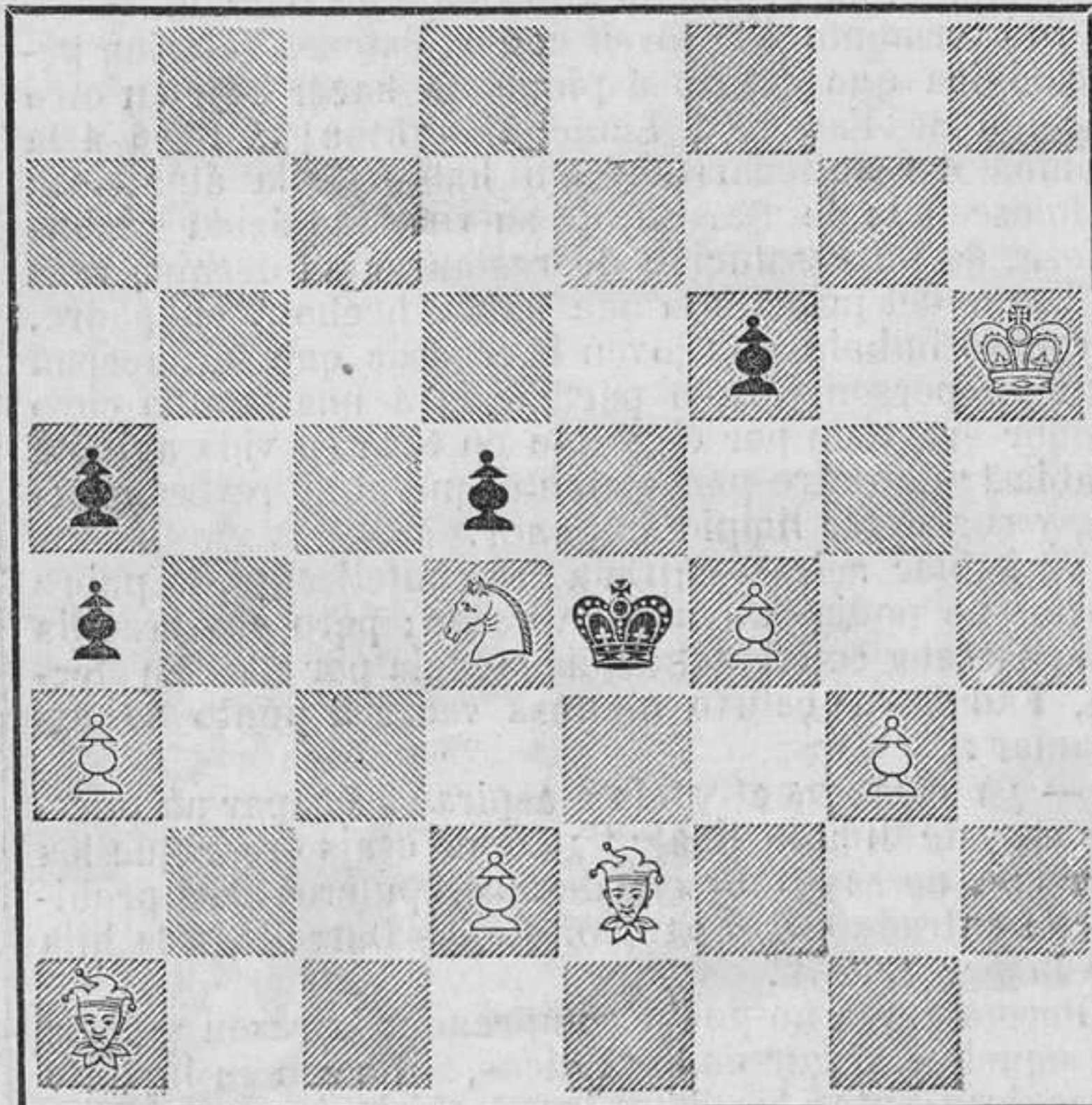
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 369.

- |   |                       |           |
|---|-----------------------|-----------|
| 1 | A 5ª CRª              | Rª toma A |
| 2 | T 8ª Rª jaque         | A 1ª A    |
| 3 | T toma A jaque        | Rª cubre  |
| 4 | Rª toma Rª jaque-mate |           |

PROBLEMA NÚMERO 370, POR M. J. PIERCE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Alban habia ido á casa del agente encargado por Mrs. Crane de la administracion de sus casas, pero no pudo obtener de él ninguna noticia. El coronel creia que Mrs. Crane habia conseguido alejar á Jasper de Londres; tal vez le habia acompañado al extranjero. En tal caso, se encontraría al menos al abrigo de la miseria, y en compañía de una persona que habia jurado arrancarle de sus hábitos viciosos. En caso de que aun permaneciera en Inglaterra, Alban no dudaba que temprano ó tarde podria encontrarle.

(Se continuará.)

**Guillermo Matta.**

El célebre poeta chileno nació en Copiapó en 1829. Desde joven se dió á conocer en el mundo literario por numerosas poesías que dió al público y que fueron recibidas con general aplauso.

En Madrid, en 1858, se publicaron dos tomos de la coleccion de sus poesias y dos leyendas en verso tituladas *Un cuento endemoniado* y *la Mujer misteriosa*. Los acontecimientos políticos que agitaron á la república en 1859, envolvieron á nuestro poeta, que salió desterrado á Europa, donde permanecié dos años. Vuelto á su patria en 1861, fué uno de los redactores de la *Voz de Chile*.

Ha formado parte de muchas sociedades políticas y literarias, y es en la actualidad miembro de la Universidad, en la facultad de humanidades y diputado al Congreso.

La política y la literatura han ocupado la vida de Matta. No es este el lugar para juzgarle como político, que como literato, podemos asegurar que es digno de los aplausos que el público le ha prodigado, y que es uno de los poetas mas fecundos de la América española.

Aun queda mucho que esperar del señor Matta, si sigue dedicándose al cultivo de las bellas letras.

(Parnaso chileno).